

EL
LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

**Biografía.—Historia.—Crítica literaria.—Poesía.—Novela.—Costumbres.—Artes.—Viajes.—Música.
Modas, y sucesos contemporáneos, tanto nacionales como extranjeros, por quincenas.**

TOMO PRIMERO.

Adornado con 560 grabados en madera.



Director **D. Antonio Flores.**

EDITOR PROPIETARIO

DON IGNACIO BOIX.



IMPRENTA Y LIBRERIA DE DON IGNACIO BOIX.

Calle de Carretas, n.º 8.

LIBRERIA

ESTABLECIMIENTO

ESTABLECIMIENTO DE LIBRERIA Y PAPELERIA. Se vende y se repone a precios muy baratos. En la calle de San Mateo, número 10. Madrid.

TOMO PRIMERO

Se vende a precio de 200 pesetas.



Editorial de San Mateo, Madrid

ESTABLECIMIENTO

DE LIBRERIA Y PAPELERIA



ESTABLECIMIENTO DE LIBRERIA Y PAPELERIA. Se vende y se repone a precios muy baratos. En la calle de San Mateo, número 10. Madrid.

EL LABERINTO.

UN acontecimiento notable en la literatura dramática, ocupaba la atención de toda España, cuando apareció nuestro periódico, destinando su primer página á los apuntes biográficos del autor de la RUEDA DE LA FORTUNA, debidos á la pluma del distinguido biógrafo D. Antonio Ferrer del Rio, colaborador constante de EL LABERINTO, y á cuya ilustración debemos el desempeño de nuestra difícil tarea. Las firmas de los señores Hartzzenbusch, Valladares, Gil y Cueto adornaron también las primeras páginas del nuevo periódico, y sus bellísimos escritos nos granjearon una felicitación unánime de la prensa periódica, que nuestra gratitud no nos permitirá olvidar nunca. La biografía del malogrado Espronceda, formó la primer página del número segundo, y la solicitud con que contestaron los primeros ingenios de España, á la invitación que les hicimos para que honraran con sus firmas las columnas de EL LABERINTO, nos dió el valor y la confianza que nos faltara cuando el celoso editor D. Ignacio Boix nos propuso la colosal empresa que hoy vemos ensayada al cumplirse un año de su inauguración. Poco se necesita entender de achaques periodísticos, para conocer que la empresa de EL LABERINTO, no puede tener objeto alguno mercantil. Las publicaciones de este género, en España, son hijas tan solo de un celo desinteresado por el arte tipográfico, y su recompensa está en la esperanza de que nuestra nación sea algún día lo que hoy son otras muchas, que acaso con menos elementos que nosotros, han visto brillar más pronto la antorcha de la civilización.

Honrados con la colaboración de los célebres escritores, cuyos ilustres nombres van al pie de estas líneas, hemos podido recorrer varios hechos extranjeros, analizar las producciones contemporáneas, consignar algunas noticias antiguas, y todos los descubrimientos modernos, amenizando esta lectura con algunas poesías, cuentos y novelas. Mereced á esos respetables autores, tenemos el orgullo de decir que NO HAY UNA LINEA TRADUCIDA en los 24 números que llevamos publicados. Esto, sin el furor de traducir que invade hoy nuestra literatura, nada tendría de particular, y aun acaso no seríamos tan exclusivistas, á fuer de admiradores constantes que somos de lo bueno do quiera que se halle; pero cuando la gangrena es tan general, todo el tiempo que se tarda en cortar de raíz, lo gana el contagio, y pronto se declara el mal incurable.

No creemos haber alcanzado á conocer, en el tiempo que lleva esta publicación, todos los defectos que en ella adviertan las personas ilustradas, ni presumimos que puedan remediarse todos tan poco; pero estamos seguros de corregir los que estén á nuestro alcance en los tomos sucesivos.

Al público que tan favorable acogida ha dado á nuestros esfuerzos, á los artistas que los han secundado con tan laudable celo, y al Editor que en nada ha minorado los dispendios que le hemos propuesto, dedicamos estas líneas, que nos ha dictado nuestra gratitud, y nos exigía el cargo que hemos tenido la honra de ejercer, y que quisiéramos haber desempeñado cual cumplía á la importancia de la obra.

Madrid 16 de octubre de 1844.

EL DIRECTOR,

Antonio Flores.

Colaboradores.

SEÑORITAS:
D.^a Gertrudis Gomez de Avellaneda.
D.^a Carolina Coronado.
SEÑORES:
D. Evaristo San Miguel.

D. Antonio Alcalá Galiano.
D. José Zorrilla.
D. Tomás Rodríguez Rubí.
D. Antonio Ferrer del Rio.
D. Juan Eugenio Hartzzenbusch.
D. Manuel Breton de los Herreros.

D. Pedro Madrazo.
D. J. M. Villergas.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Enrique Gil.
D. Luis Valladares.
D. Isidoro Gil.

D. Gavino Tejado.
D. Juan del Peral.
D. Juan Perez Calvo.
D. José Amador de los Rios.
D. Jacinto Salas y Quiroga.
D. Cayetano Rosell.

EL TAPICERÍA

El tapicero es el encargado de cubrir y decorar el interior de las habitaciones, así como de reparar y renovar los muebles y alfombras. Su trabajo requiere conocimientos técnicos y creatividad para elegir los materiales y colores adecuados. El tapicero debe tener buena vista y ser meticuloso en su trabajo.

El tapicero debe tener conocimientos de geometría y dibujo técnico para poder hacer los moldes y cortar los materiales correctamente. Además, debe tener conocimientos de química para poder limpiar y restaurar los muebles y alfombras.

El tapicero debe tener conocimientos de historia del arte y de la decoración interior para poder asesorar a sus clientes y hacerles propuestas de decoración adecuadas. También debe tener conocimientos de economía para poder calcular los costes de su trabajo.

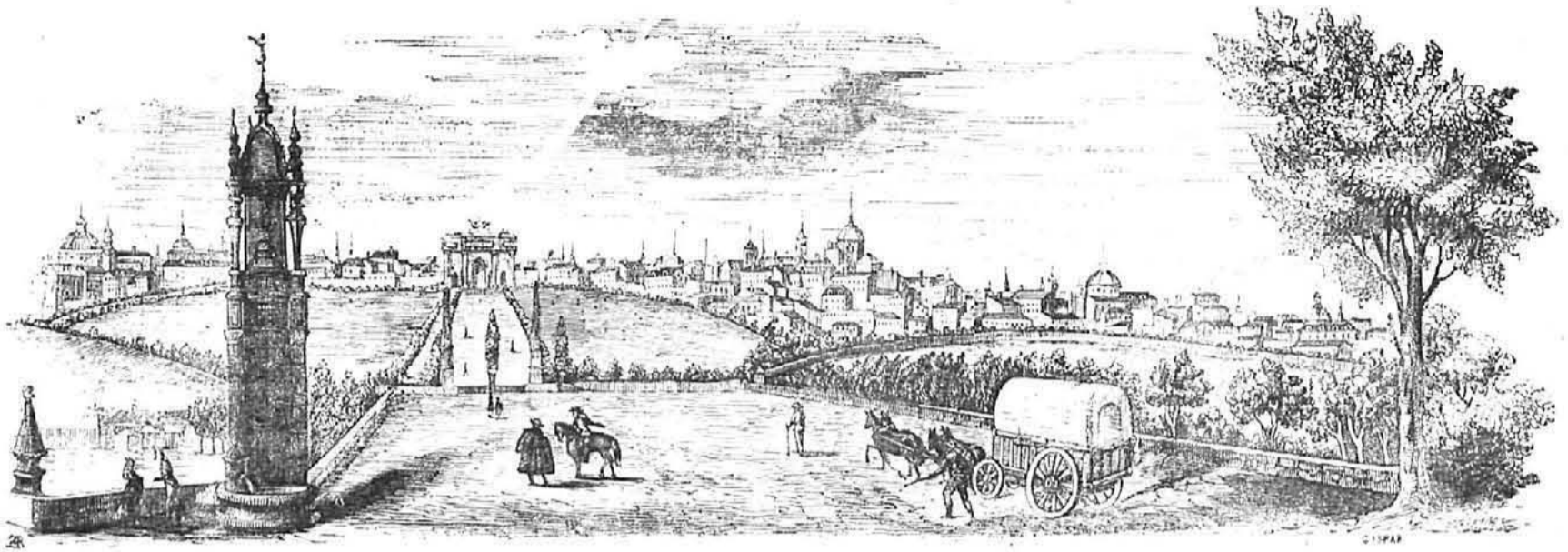
1875

Contenido

1. Introducción	1
2. El tapicero	2
3. Materiales	3
4. Herramientas	4
5. Técnicas	5
6. Reparación y renovación	6
7. Decoración	7
8. Conclusión	8

EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.



SUSCRIPCION EN MADRID.

Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 3 reales.

N.º 1. TOMO I.—MIÉRCOLES 1.º NOVIEMBRE 1843.

Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

SUSCRIPCION EN PROVINCIAS.

Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscribese en las principales librerías del reino, correspondientes de la casa.

SUMARIO.

Biografía de D. T. R. Rubí, por D. A. Ferrer del Rio.—Comentario del Quijote, por D. Diego Clemencin, por Don J. E. Hartzembusch.—Una semana en Madrid, por D. A. Flores.—A la Invicta Sevilla, poesía, por D. Luis Valladares.—Historia literaria, primer artículo, por D. Leopoldo Augusto de Cueto.—Cain y Abel, novela, por D. Isidoro Gil.—La Buñolera, canción española puesta en música, por D. Mariano Soriano Fuertes.—Puerta del Sol, por D. J. M. de Rives.—A la ciudad de Sevilla, poesía, por D. L. A. de Cueto.—Revista de la Quincena, por D. Enrique Gil.—Boletín Bibliográfico.—Aventuras de Robinson Crusoe.

BIOGRAFÍA.

RUBÍ.

Andalucía, ese encantado país, ceñido de sierras y de mares, y en cuyo centro se aspira una atmósfera pura y balsámica; y crecen umbrosas florestas mecidas por refrigerantes auras; y giran amenos ríos que con su jugo vivificador animan la pompa de sus fértiles riberas; y brilla espléndida y radiante la aureola del astro del día, teniendo con preciosos esmaltes la corola de las tiernas flores, y la pluma de las gayas aves, es sin duda el jardín de España, como es Italia el jardín de Europa, como es América el jardín del mundo. Hizole el Artífice Supremo rico de vegetación, variado de productos y abundante de delicias. Por gozarlas el hombre fijó su morada en tan pintoresco recinto; y cada nación que por el transitara, cada raza que allí tuvo dominio, formuló en insignes monumentos el espíritu de su época, como expresión de su gloria, como emblema de su prosperidad, como símbolo de su poderío. Roma abrió entre sus ciudades, espaciosas carreteras, y levantó sobre sus ríos colosales puentes: regaláronle los adalides del Alcoran mezquitas como la de Córdoba y Alhambras como la de Granada, y Alcázares como el de Sevilla; y el cristianismo en su ardiente fé le consagró esas góticas catedrales, esas inmensas basílicas, donde vienen á rendir un tributo de admiración y de asombro, gentes oriundas de apartados climas, y donde se postran cediendo á irresistible impulso, hombres que siguen distintas sectas. País que reúne por fortuna todos los prodigios de la naturaleza y todas las maravillas del arte no puede menos de ser florida cuna de amores, inagotable manantial de poesía, soberana mansion del génio. Por eso son tantos los naturales de Andalucía que se lanzan al templo de la gloria por la difícil senda de las artes y de la literatura: por eso Rioja, Alonso Cano y Murillo aumentan de día en día su lucida cohorte con aquellos de sus privilegiados comestricotas á

quienes les cupo parte de su inapreciable herencia.

Cuéntase en este número D. Tomás Rodríguez Rubí, quien abrió los ojos á la luz del mundo el día 21 de diciembre de 1817 en esa ciudad que baña sus desnudos pies en el Mediterráneo, y cuyas altas cúpulas se retratan en el risueño cristal del Guadalorce.



Hubo un tiempo venturoso en que nunca se ponía el sol en los dominios españoles; regíanlos á la sazón justos reyes, bajo la inspiración de sábios consejeros: rara vez se alteraba en el seno de la monarquía el público sosiego, y era envidiable en su consecuencia la paz de las familias. Cada padre consultaba ó iba labrando la vocación de sus hijos, y una vez conocida les guiaba por la senda del estudio al silencio del claustro, ó al bullicio de las armas, ó á la noble palestra del foro, ó á la vetusta mesa de una oficina: muy escaso favor debía alcanzar en la corte para no conseguirles una capellanía, ó unos cordones de cadete, ó una beca en un colegio, ó un nombramiento de meritorio. De todas maneras á semejanza del artista

que, sujeto á reglas fijas é inalterables, maneja el buril y el mazo hasta que transforma el rudo mármol en la imagen, cuyo modelo concibió en su mente; así el padre de familias sin miedo á trastornos públicos que interrumpiesen su obra, amoldaba á sus tiernos infantes para el objeto que se proponía hasta verlos canónigos, capitanes ó magistrados. Este inmutable orden de cosas terminó con el reinado del penúltimo monarca; y desde entonces el destino de la juventud está á merced de las revoluciones y reacciones que á cortos intervalos se suceden: muchos son los padres que en tan aciago periodo no pueden velar sobre sus hijos por verse impelidos mal de su grado á la liza de las discordias, y envueltos en el turbion de las persecuciones: no pocos jóvenes se cuentan en el día que sin otro auxilio que su ardiente entusiasmo han conseguido elevarse á extraordinaria altura en la república de las letras, despues de caminar un año y otro á través de difíciles y enmarañados senderos. Solo con la amplificación de las ideas que nos han servido de preámbulo, trazaremos la biografía de don Tomás Rodríguez Rubí, cuya reputación literaria adquiere cada día mas timbres y se remonta á mas encumbradas esferas.

Gozosos fueron en Málaga los primeros años de su niñez, de esa edad bienhadada en que todo nos brinda placer y armonía, y en que enjuga el mas amargo lloro la caricia de una madre. Pasó Rubí el año de 1822 á Granada, donde adquirió los primeros rudimentos de su educación bajo la dirección del señor D. Miguel Urbina, sugeto de excelente mérito para la enseñanza: asistió despues al célebre colegio de Santiago hasta 1827, época en que su familia mudó de residencia por causas que apuntaremos ligeramente.

De 1820 á 1823 desempeñó el padre de Rubí la contaduría del crédito público, y fué comandante de artillería de la Milicia Nacional de Málaga. Perseguido y encarcelado despues de restablecido el gobierno absoluto, se le abrió proceso por sus opiniones liberales, y atendidas las circunstancias, habria de ser el fallo del tribunal de fatal agüero. Merced á la solicitud y eficacia de sus numerosas amistades logró escaparse de la torre de Tirilo, librándose de este modo de la infausta suerte que cupo á los complicados en la causa á que aludimos. Atravesó en pocas horas la distancia que media de Málaga á Granada, y antes de que tuviese espacio de abrazar á su esposa y á su hijo, invadió la policía su morada, y no sin grave peligro se fugó de nuevo saltando las tapias de un huerto y ocultándose en la casa contigua hasta que se trasladó

Jaen; superando toda clase de obstáculos la constante, decidida y noble proteccion que le dispensara don Juan Bautista Erro, intimo amigo suyo, aunque de opuesto bando.

Siguio Rubi sus estudios en la coeial de Jaen perfeccionándose en la lengua latina, y distinguiéndose en los exámenes públicos, tanto por su aplicacion, como por la prontitud y desembarazo con que satisfacía las cuestiones y recitaba los discursos: la sociedad de amigos del país le admitió en su seno por especial recompensa, y recibió plácemes y enhorabuena de todas las autoridades. En Jaen adquirió ademas principios de matemáticas, de francés y de dibujo.

Infatigable el señor Erro en amparar á su amigo, se afanaba porque tuvieran alivio sus escaseces, y terminó sus zozobras: al fin pudo conciliar todos los extremos proporcionándole un destino con visos de destierro, alcanzándole una gracia con apariencias de castigo. Nombrado el padre de Rubi administrador de rentas de Melilla en 1829, se encaminó á Málaga con su esposa y su hijo, y se hizo á la vela á principios de 1830. Combatido el barco por recios vendabales y por agitadas olas, rudos azares padecieron los viajeros en tan corta travesía; azares que contribuyeron en gran manera á que Rubi perdiera á su padre, ya achacoso, pocos dias despues de pisar el suelo africano. Sin el auxilio de los principales funcionarios de Melilla, la viuda y el huérfano hubieran devorado su honda pena en el mas triste abandono. Pero la tristeza no echa raíces en un corazon de trece años; ningún trance de la vida por doloroso que sea, desvanece los áureos ensueños, ni enturbia los primeros albores juveniles. Dulces memorias conserva Rubi de aquel solitario peñon, que separa fuerte muro de la gente mora.

En setiembre de 1830 regresó Rubi á Málaga, donde permaneciera el tiempo bastante para ser triste testigo de una de las mas crueles escenas de la historia contemporánea, escena que añadió al largo catálogo de nuestros mártires los nombres de Torrijos, Flores Calderon, Gollin y sus compañeros sin ventura. Ya iba despejándose el horizonte político y estaba próximo á hundirse el ministro que cerró las universidades, cuando vino Rubi á la corte de las Españas. Habiale precedido su señora madre en solicitud de su viudedad que ya conseguida ni aun les suministraba para el necesario sustento. A fin de suplir esta falta asistió Rubi en clase de escribiente á varias dependencias particulares, siendo estimado en todas ellas por su excelente conducta, su asiduidad al trabajo y la elegante forma de su letra. Algo mejoró su situacion con obtener por antiguas relaciones de familia una plaza de oficial en el archivo del señor conde de Montijo.

Hasta aquí ninguno hubiera augurado á la persona que es objeto de estos apuntes otro porvenir que el reservado á las medianías, recomendables por su honradez y buenas costumbres: en su niñez se habia distinguido por su travesura y por su despejo; jóven ya, poseia una imaginacion clara sin que la beneficiasen prolijos estudios con su sagrado cultivo. Mas como acontece de continuo, el desarrollo intelectual siguió la huella de la revolucion política, abriendo á la juventud vasta y honrosa palestra: desde entonces le acosó á Rubi el deseo de figurar entre el número de sus paladines. Pocos son los jóvenes, á quienes acometiera á la sazón la fiebre de escribir, que no consagraran sus versos á algun adalid que volvia de Tierra Santa, y divisaba á lo lejos y á través de las sombras de la noche un almenado castillo resplandeciente de luces y envuelto entre el vaporoso celage de los festines, y cuyas puertas se abrian al rudo golpe de su lanza. Tal era asimismo el asunto del primer escrito, á que dió Rubi el nombre de composicion poética, si bien en realidad hasta carecian de medida sus mal llamados versos. Ya se habia abierto el liceo matritense y este era un poderoso estímulo para el novel poeta, quien consagraba todas sus horas de ocio á la lectura de la historia y al estudio de los excelentes modelos del teatro antiguo. Alguna poesia de menos incorreccion que la primera, publicó en un periódico titulado *Las Musas*, á cuyos redactores les oprimia de tal modo el vértigo de la rima, que hasta los anuncios los ponian en verso. Por fortuna de las letras, aquel periódico murió de consuncion á los pocos meses de ver la luz pública. Sin desistir Rubi de su tarea ni decaer de ánimo escribió para el *No me olvidas* otra

poesia que tituló *la Inspiracion*, y era solo notable por la exactitud con que retrataba su anhelo de escribir y la dificultad de expresar en sus versos lo que su corazon sentia; y aun recordamos que la estrofa en que desenvolvía esta idea era de pésimo gusto: se opuso amistosamente el señor Salas y Quiruga á insertar *la Inspiracion* en su periódico: en nada menoscabó este contratiempo la invencible decision del que le habia sufrido sin murmurar la mas leve queja. En pocos meses hizo grandes adelantos como lo indica una composicion escrita con bastante soltura y no poco ingenio, y titulada *El espejo*: su excesiva timidez no le consintió leerla en el liceo por mas instancias que le hacian sus intimos amigos é inseparables compañeros. Mientras esto sucedia se daba nueva forma al instituto literario, que habia empezado con tan buenos auspicios y ha venido á convertirse en un teatro casero, ya caduco á fuerza de decadente. Segun el reglamento que entonces se formó, tenia que pasar por el crisol de una junta calificadora, algun articulo, obra ó poesia de todo el que aspirase á figurar como sócio facultativo en la seccion literaria. Recatándose Rubi de sus mas allegados entregó al señor Villalta, presidente de la mencionada junta, una poesia con el titulo de *el Águila*; y al someterse á tan rigurosa prueba lo hizo con débil esperanza de buen éxito. Aquella poesia era regular en sus formas, fácil en sus versos, correcta en su estilo; pero sus descoloridas imágenes y la languidez de su entonacion se armonizaban mal con lo elevado del asunto. Leida esta poesia en la junta calificadora hubo empate en la votacion, resolviéndose en su consecuencia que el interesado presentase otra composicion para optar al titulo de sócio facultativo; y tal era la desconfianza de Rubi que tuvo por insigne triunfo aquel dudoso resultado. Cada vez mas firme en su empeño bosquejó una leyenda sobre un recuerdo de la Alhambra, y su ameno giro y la fluidez de su lenguaje le valieron al fin la distincion apetecida.

Ya socio del Liceo se hizo todavia mas estudioso, aunque no menos tímido: la mente del jóven andaluz retrocedió á los primeros años de su infancia y vió en confusion las bromas y serenatas de los majos de su tierra y el salero de las mujeres del mediodia y sus amores y aventuras; y oyó el seductor gracejo de sus pláticas y el imponderable hechizo de sus cantares, y la chistosa fanfarría de sus riñas. Fecundo manantial de inspiraciones era este para la lozana fantasia del que con avidez las buscaba en todas partes. Rubi salió airoso de esta tentativa y cantó con la maestría de un poeta lo que habia observado con la indiferencia de un niño. *El Jaque de Andalucía* y *Votos y juramentos*, son poesias que, leidas con general aplauso en el Liceo y publicadas en los periódicos de literatura, forman con *La venta del jaco*, *la aventura nocturna* y *quien mal anda mal acaba* las preciosas páginas de un libro sin rival en su género, y cuya popularidad ha trascendido mas allá de los mares.

Cada vez mas perseverante y animado nuestro poeta fijó sus ojos en el teatro, y acaso columbró en lontananza y como en sueños el laurel de los triunfos escénicos, y en alas de su noble ambicion se lanzó á tan difícil camino y escribió su primera comedia en el año 1839. Dirigian entonces la única empresa teatral de Madrid los señores Lombía y Garcia Luna; laudables esfuerzos hizo el señor Alverá porque se representase la obra del nuevo ingenio; mas no lo consiguió tal vez por causas independientes de la voluntad de todos. Si mal no recordamos Rubi fué representado por el señor Gonzalez Bravo al señor Romea en el salon del Liceo la misma noche en que se dió allí una funcion á beneficio del distinguido artista D. Antonio Esquivel, ciego en aquella época. El actor le prometió al poeta representar su comedia: poco tardó en cumplirle su palabra: se puso en escena en el teatro del Principe *Del mal el menos*: el público lo aplaudió con entusiasmo, y Rubi fué llamado á las tablas. Desde entonces ha tenido una serie no interrumpida de triunfos con las comedias *Toros y Cañas*, *Quien mas pone pierde mas*, *la Fortuna en la prision*, *el Rigor de las desdichas*, *Castillos en el aire*, *el Cortijo del Cristo*, *el Diablo Cojuelo*, *las Ventas de Cárdenas*, y *Detras de la Cruz el Diablo*. De todas sus producciones solo han sido recibidas con alguna frialdad *La Bruja de Lanjaron* y *Casada, Virgen y Mártir*; frialdad por la que

le damos el parabien si ha influido algo en la composicion de la *Rueda de la Fortuna*, de esa excelente comedia que acaba de representarse diez y ocho noches consecutivas entre ruidosos aplausos, y que le ha valido la cruz supernumeraria de Carlos III en justo premio de sus méritos literarios.

No es Rubi menos recomendable como poeta que como hombre privado: amante de su familia y cariñoso para sus amigos le profesan intimo afecto cuantos le conocen: la franqueza de su carácter solo puede ponerse en parangon con la sencillez de su trato. Entre las distinguidas cualidades que le adornan se cuenta una que dá mas y mas realce á su bien merecida reputacion y es su proverbial modestia. Ha llegado al eminente puesto que ocupa á fuerza de estudio y de perseverancia: constantemente ha ido en sus obras de menos á mas: si alguna vez se le ha visto decaer en la escena ha sido á semejanza del águila que recoge sus alas y descendiendo un instante para tomar mas alto vuelo. Aun se halla en la flor de su juventud: la fecundidad de su ingenio es prodigiosa: tan excelso brilla en el género lírico, como en el de costumbres, como en la alta comedia: de esperar es que á medida que transcurran los años dote á la literatura con nuevos tesoros, conquiste nuevos títulos á su fama, y vea trazada la historia de su vida y de sus obras por pluma mas hábil y ejercitada que la mia.

A. FERRER DEL RIO.

COMENTARIO DEL QUIJOTE

por

Don Diego Clemencin.

ARTICULO PRIMERO.

El Quijote es el libro mas popular de los españoles; todos lo leemos, todos lo estudiamos y se emplean á cada paso en la conversacion como proverbiales las expresiones que su lectura nos ha dejado impresas en la memoria. Ninguna obra por consiguiente puede tener mas influencia en la formacion del gusto literario en España: ninguna goza de igual proporcion para dar la ley al lenguaje. Pero este escrito que tan alto y justo concepto merece, no es una produccion intelectual meditada con gran detenimiento y escrupulosamente limada; es una inspiracion felicísima trasladada al papel con prisa, con afán de llevarla á cabo, y sin volver la vista atrás á mirar lo que iba hecho: es un borrador, un bosquejo de primera mano, con harta mas valentia y frescura por cierto que otros mil cuadros bien concluidos. Cervantes escribió la novela del Ingenioso Hidalgo siendo viejo y pobre, falto de memoria y de libros; por eso la parte erudita del Quijote es tan inexacta: por eso cuando llegaba el autor al fin de un capitulo, no se recordaba de lo que habia puesto al principio. Cervantes ademas no se paró á ver si habia defectos de orden lógico y cronológico en su obra, porque su objeto no fué componer una fábula regular y rigurosamente concertada, sino un cuento festivo, una leyenda, una cosa que acabase con los absurdos libros de caballerias; vió logrado este fin con la publicacion de la primera parte del Quijote, y no quiso tomarse el enojoso trabajo de perfeccionar un instrumento que tambien le habia servido; pues si escribió despues la segunda parte, quizá solo fué porque otro le quiso robar sus laureles. Pero aun conociendo y apreciando esta razon ó disculpa de la indolencia de Cervantes, el hecho es que su libro anda en manos de todos, y que está compuesto muy á la lijera: por lo cual es útil que literatos de gran doctrina y de exquisito gusto hayan examinado los defectos y primores de este magnifico monumento de las letras castellanas: bueno es instruir á los indoctos para que no se figuren que es oro la escoria. El comentario del señor Don Diego Clemencin, impreso en Madrid desde el año 1833 hasta el de 1839, seguramente aventaja infinito á todo lo que acerca

del Quijote habian escrito Mayans, Rios, Pellicer y otros autores así nacionales como extranjeros: las noticias que da el autor sobre los libros de caballería ridiculizados en el Quijote son muchas y raras; las observaciones correspondientes al plan, orden de tiempo y trabazon de la obra son atinadas y justas; el exámen gramatical del texto (considerando á la lengua tal como ahora se habla) es generalmente concienzudo, fundado y legitimo. Creo sin embargo que el señor Clemencin se equivocó mucho en juzgar el lenguaje de Cervantes, como si este hubiese vivido en nuestra época: voces, locuciones, modismos habia (y no pocos) entonces que ya no son admitidos por el uso moderno. El que tuvo discernimiento y franqueza para conocer y declarar (tomo 2.º pág. 196) que el uso actual favorece mas á la claridad y exactitud del discurso, y que esta materia, sin perjuicio de lo mucho que floreció el habla castellana en tiempo de Cervantes, está mas afinada en el dia; ese, repito, hubiera debido excusarse el trabajo de emborronar papel para demostrar que en un periodo, por ejemplo, habia prodigado Cervantes los relativos; que aquí un *pero* debía ser un *tambien*; que allá no correspondía emplear la preposicion *á* sino la de *para*; que acullá tal adjetivo no era el conveniente, ó que esta gradacion no estaba bien seguida, ó que la otra inversion era violenta. No podia Cervantes, escribiendo de prisa, reparar en lo que no reparaba casi ningún autor de su siglo escribiendo despacio: y aun acaso el Quijote no debe considerarse como una obra escrita, sino como el discurso improvisado de un festivo orador, que en el tono familiar de la conversacion sabe hacerse entender bien de todos, aunque su dición no siempre sea la mas correcta. Por lo menos hay que confesar que el Quijote contiene un gran número de razonamientos y diálogos en que entran personas de condicion humilde, y en estos pasages sí que me parece muy inoportuno el reprender ciertos rasgos de desaliño ó descuido, porque ese descuido suele ser el natural y propio de la conversacion y de la persona que habla; y así Cervantes mas merece elogio que censura. Claro es que el labrador, el cabrero, el ventero y la fregona no han de expresarse como grandes retóricos; y probablemente Cervantes sabia mejor que nosotros como hablaban sus contemporáneos. Para los jóvenes dedicados á la literatura no dejarán de ser los reparos gramaticales, aunque demasiado escrupuloso del señor Clemencin, porque á lo menos los enseñarán la diferencia que hay entre el lenguaje de un siglo y otro; pero Cervantes tendria derecho para decir que se le juzgaba irregularmente en virtud de leyes que en su tiempo no se hallaban establecidas. También hubiera podido el señor Clemencin descartar de su comentario alguna que otra nota sobrado vulgar con relacion á personajes de la mitología ó de la historia; pues indudablemente de lectores que no sepan quienes fueron Tiron, Medea, el conde don Julian y el caballo Babieca, no es de presumir que manejen un libro de lujo como es el Quijote comentado. Otras anotaciones hay, de las que recaen sobre el plan y contextura de la fábula, que pecan tambien de rigor excesivo; pues aunque se hallan en el Quijote muchos cabos que el autor no se tomó el trabajo de anudar, no todos los que el señor Clemencin señala como tales lo son en efecto. Así no es un defecto que Cervantes diga en la primera página de su obra que tenia su héroe un mozo de campo y plaza, y que no se vuelva á hacer mencion de tal sugeto despues, porque no se nombra á ese criado allí como *persona* correspondiente á la accion, sino como *cosa* ó circunstancia relativa á la persona de don Quijote, á fin de manifestar que la hacienda del Hidalgo alcanzába para mantener un sirviente: del mismo modo hubiera podido Cervantes hacer mencion del padre, del abuelo y otros ascendientes de don Quijote, y no por eso debería esperar el lector que todos figurasen en la novela. Otro tanto puede responderse á la observacion de que antes de la primera salida que hizo don Quijote con Sancho no se expresa que aquel hubiese otorgado testamento, y en la aventura descrita en el capítulo 20 afirma don Quijote que habia testado: cosa de tan poca influencia en la fábula bastaba que se dijera cuando convenia, y en dicho lance venia de molde, sin necesidad de haberse anun-

ciado anteriormente. Sin embargo, todas estas criticas poco atinadas parecen de poca monta respecto de otros reparos en los cuales á mi juicio el señor Clemencin no entendió á Cervantes. Me limitaré á ellas en el presente artículo.

Las observaciones del señor Clemencin principian desde la portada de la obra que comenta: el titulo de *El ingenioso hidalgo* le parece oscuro y poco feliz: yo por el contrario le tengo por claro, propio y chistosísimo. El adjetivo *ingenioso* era una palabra muy de moda en tiempo de Cervantes, y se aplicaba principalmente á los inventores de ideas singulares y peregrinas. Ahora bien, ¿qué idea mas singular pudiera darse que la que tuvo don Quijote de resucitar la andante caballería, como remedio único de los males que afligian á la sociedad de su época, como poderoso agente para la felicidad del género humano? Se responderá que tal pensamiento mas bien que singular era desatinado y absurdo, como producido por la imaginacion delirante de un loco. Pues en eso consiste la gracia del titulo, el cual lleva ya el sello de aquella ironía delicada en que tanto sobresale Cervantes. Poco donaire hubiera tenido titular á una parodia de los libros de caballería: «El loco, el disparatado, el mentecato ó maniático hidalgo don Quijote:» siendo toda la obra una continuada burla, debía esta principiar donde el titulo, y á la verdad que es difícil contener la risa cuando considera uno, que todo el ingenio del infeliz Alonso Quijano (que lo tenia bonísimo, segun la expresion del cura) no le sirvió mas que para atraerle burlas, desprecios, pesadumbres y palizas. El adjetivo *ingenioso* aplicado por Cervantes á una *persona*, está empleado con respecto á una *cosa* por don Manuel Breton de los Herreros con igual sentido en los versos siguientes de una de sus comedias.

Uno de los cien ministros
que al año vienen y van,
para acabar con don Carlos
y su faccion infernal,
halló el ingenioso arbitrio
de dejarme á mí sin pan.

¿No sería ridiculo el argüir á Breton diciéndole que tal arbitrio mas bien era inhumano y necio que ingenioso? La intencion pues del pretendiente que calificaba de ingenioso al decreto que le quitaba su modo de vivir, y la del escritor que llamaba ingenioso al hombre que juzgaba hacer un gran servicio á su patria, restaurando una institucion que ya no podia sostenerse, eran idénticas: ambas expresiones son pueras. Al que no se persuada con estas razones y crea que el dictado de *ingenioso* debe entenderse aplicado en sentido natural y recto, se le podia repetir, como queda indicado, que don Quijote fué autor de un pensamiento ó arbitrio que en su tiempo no se le hubiera ocurrido á nadie, y esto bastaba para que tambien en sentido recto esa calificacion sea propia. De cualquier modo el titulo está bien.

En el primer capítulo del Don Quijote se halla el trozo siguiente, en el cual antes del señor Clemencin nadie habia encontrado que reparar. «Vió que tenían (las armas de los bisabuelos del hidalgo) una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrion simple: mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encajada con el morrion hacia una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podia estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que habia hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos.» El señor Clemencin pone dos advertencias á este pasage; en la primera dice que si con el primer golpe deshizo don Quijote lo hecho, ¿dónde dió el segundo? La pregunta hace reir, ¿qué duda tiene que encima de la media celada rota pudo el buen hidalgo dar no solo otro golpe sino doscientos? Lo que se colige de la relacion de este hecho, que está pintado con una verdad pasmosa, es que don Quijote, impaciente de ver que tal le habia salido su obra de pasta, dió con gran prisa las dos cuchilladas una tras otra, y hasta despues de haber descargado la segunda, no reparó que habia roto la celada con la primera. El segundo reparo es mas importante, y

recae sobre aquella saladisima advertencia de que no le dejó de parecer mal á don Quijote la facilidad con que habia hecho la celada pedazos. Las palabras del comentario son estas: «todo lo contrario, no dejó de parecerle bien: para conservar la palabra *mal*, era menester decir: y no le pareció mal la facilidad, etc.» Se vé que el señor Clemencin creyó que Cervantes habia querido decir que don Quijote se alegró de haber roto su obra; y Cervantes ni quiso ni pudo querer expresar tal cosa. ¿Cómo le habia de parecer bien á don Quijote el haber inutilizado en un momento el trabajo de ocho dias? Le pareció muy mal, porque vió que habia hecho una cosa que de nada le servia; le pareció tan mal, que cuando compuso despues la celada «y la dispuso y tuvo por celada finísima de encaje», se guardó muy bien de hacer segunda experiencia con ella; tan escarmentado quedó de la primera que hizo!

En el capítulo siguiente se detiene el comentador en este periodo. «Vió no lejos del camino una venta que fué como si viera una estrella que á los portales, sino á los alcázares de su redencion le encaminaba.» Advierte bien el señor Clemencin que aquí se alude al portal de Belen; pero se equivoca en añadir que falta la particula *no* y que debiera escribir Cervantes: que no á los portales, sino á los alcázares de su redencion le encaminaba. *Alcázar* y *redencion* se contradicen en esta frase, porque el Redentor no nació en ningún alcázar, sino en un portal: por consiguiente el texto está bien, y debe entenderse como se entenderá parafraseándolo de este modo: «fué como si viera una estrella que le encaminaba (como la de los magos) á los portales de su redencion, ya que á los alcázares no puede decirse con propiedad (por la razon citada).»

En el capítulo tercero, en el cual aconseja el ventero á don Quijote que lleve dineros, hilas y ungüentos, escribe Cervantes: «Cuando sucedia que los tales caballeros no tenían escuderos (que eran pocas y raras veces) ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían á las ancas del caballo, como que era otra cosa de mas importancia.» Clemencin cree que lo natural era decir *de menos importancia*; yo pienso que el ventero hablaba perfectamente, porque solo podia parecer disculpable que un caballero andante llevase alforjas, suponiendo que era para cosas de la mayor importancia; para cosas de mas importancia si cabe, que el dinero y las medicinas, artículos que interesan directamente á la manutencion y á la salud del propio individuo.

En el capítulo once extraña el comentador que se llame *comida* á la que hicieron don Quijote y Sancho mucho despues de las tres de la tarde; y no recuerda que no se la podia llamar sino así porque los asendados andantes no habian hecho otra en todo el dia. De cinco á seis de la tarde come ahora quizá la tercera parte de los habitantes de Madrid, y á pesar de la hora no se dice que meriendan ni cenan, sino que comen.

En el capítulo trece, hablándose del rey Artús, se dice «que andando los tiempos ha de volver á reinar y cobrar su reino y cetro.» *Reinar* y *cobrar su reino* son para el comentador una misma cosa; para mí no, porque se puede reinar en cualquier país, pero solo puede uno cobrar su cetro siendo rey donde ya reinó.

«Hicieron una mala cama á don Quijote (se lee en el capítulo 16) en un carananchon que en otros tiempos daba manifiestos indicios que habia servido de pajar muchos años.» Segun el comentador sobra aquí una de las dos cosas: si queda en otros tiempos debe suprimirse *muchos años*. No es así en mi dictamen: se dice en otros tiempos porque el haber sido pajar aquel cuartucho no era cosa reciente; se dice *muchos años* porque no habia servido de pajar un dia ni dos, sino largo tiempo.

Al desengañarse D. Quijote (cap. 17) de que la venta donde asistia Maritornes era venta y no castillo, pone Cervantes en boca del héroe estas expresiones: «do que se podra hacer por ahora, es que perdoneis por la paga; que yo no puedo contravenir á la orden de los caballeros andantes.... que jamas pagaron posada.» Al comentador le parece que no es esta la contestacion que debia esperarse de don Quijote, habiendo este confesado su engaño, sino que era mas natural que pagase al ventero. Para mí tiene muchísimo gracejo esta ocurrencia, porque es ines-

perada y propia: inesperada, porque después de decir don Quijote: «engañado he vivido... pensé que era castillo y no malo», cree el lector que va á pagar, y luego sale diciendo que no paga; propia porque don Quijote obra con arreglo á sus ideas en atención á que cree que los caballeros andantes no pagaban nunca hospedaje.

Sancho después de ser manteado en dicha venta, salió de ella, según refiere Cervantes, muy contento de no haber pagado, y tan turbado, que se dejó olvidadas allí las alforjas. Para el comentador no se aviene bien uno con otro. Parece sin embargo muy fácil de comprender que Sancho salió contento por haber hecho su gusto, y salió turbado, porque acababan de mantearle, que es cosa capaz de atolondrar á una cabeza de bronce. A esta razón física se puede añadir otra moral diciendo que un contento puede turbar lo mismo que una pesadumbre.

El retrato del galeote Ginesillo de Parapilla está desempeñado en el cap. 22 en esta forma. «Tras de todos estos venia un hombre de muy buen parecer, de edad de 30 años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro; un poco venia diferentemente atado que los demas, porque traia una cadena al pié tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena y la otra de las que llaman guarda-amigo ó pié de amigo, de la cual descendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se unian dos esposas donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado.» Nota el señor Clemencin con sobrada razón que este preso no venia poco diferentemente atado que sus compañeros, sino mucho; es una friolera la diferencia! —¿Sería irónico aquel un poco? Puede, pero á mi entender no lo parece; mas bien creo que esas dos palabras pertenecen á la frase anterior por estar la puntuación trastornada, debiendo leerse: «un hombre de muy buen parecer... sino que al mirar metía el un ojo en el otro un poco: venia diferentemente atado que los demas, &c.»

Se halla en el mismo capítulo esta enfática expresión puesta en boca del propio galeote Gines: «Basta; que podría ser que saliesen algun día en la colada las manchas que se hicieron en la venta.» Tiene el señor Clemencin esto por alusión á algun incidente ocurrido los días anteriores, durante el viaje de los galeotes, en alguna venta: yo lo tengo por un modo proverbial de decir (que se usaría entonces en tono de amenaza) y que equivaldría á la expresión de «pagarlas todas juntas.» En tono tambien de amenaza solemos hoy decir á una persona «que algun día se sabrá todo hasta lo de la callejuela.» y lo mismo se alude con este dicho á lauces ocurridos en callejuela, que á los que hayan sucedido en casa, en plaza, ó en despoblado.

En el capítulo 23 hora Sancho la pérdida de su rucio y don Quijote «que vió el llanto y supó la causa,» consuela á Sancho. El comentador cree que Cervantes debió de escribir *oyó*, y no *vió*. No se alcanza la razón. En el llanto suele haber lágrimas y sollozos; aquellas se *ven*, estos se *oyen*: el escritor puede referirse indistintamente á lo uno ó á lo otro.

El título del capítulo 26 es el siguiente. *Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quijote en Sierramorena. Según el señor Clemencin, estaria mejor las finezas de enamorado que hizo, ó las finezas que hizo de enamorado.* El señor Clemencin supone que hay aquí una trasposición; yo entiendo que la frase está en su orden natural, porque me figuro que el autor quiso decir: «las finezas que de puro enamorado hizo don Quijote.»

Estas desalinadas observaciones me han ocurrido de paso al hojear los dos tomos primeros del comentario del señor Clemencin, curiosísimo y útil en lo demas por muchos títulos; y convengo enteramente con el comentador en que por un supersticioso respeto á las ediciones primeras del Quijote, muy defectuosas en todos conceptos, nos hallamos todavía sin una edición de esta admirable obra corregida de varios defectos que sin duda son yerros de copia ó de imprenta y no de Cervantes.

J. E. HARTZENBUSCH.



UNA SEMANA EN MADRID.

Se compone de siete días, ni mas ni menos que en todos los pueblos del mundo donde se usan esos biznietos del siglo, que tienen por padre al mes y por abuelo al año; y no habiendo ocurrido cosa en contrario, desde aquel lance del cura asturiano, sigue el tiempo sin novedad á través de las reformas y coquetaría de las revoluciones. Y voy á contar el lance del cura asturiano no porque yo crea que lo ignoran



de misas. Con esto se aquietaron las conciencias de los feligreses, y el párroco tuvo buen cuidado de tener los cestos bajo llave. Y así quisiera yo tener ahora ciertas lenguas maldicientes, que tacharán de inoportuno este chascarrillo sin respetar los motivos que puedo tener para llenar las líneas de ese modo; y serán capaces de decir que ese cura ha venido aquí por los cabellos; siendo así que era calvo, y que su aversión á las pelucas es proverbial desde entonces en las montañas de Covadonga.

Una semana en Madrid se puede pasar de cualquier modo, con dinero ó sin él; en ambos casos tiene el día 24 horas de á 60 minutos cada una; pero estos solo los cuenta el pobre que se tuesta los sesos en verano por tener su persona á piso quinto entre los nidos de las golondrinas, que pierde la sensibilidad de las orejas con el aire del puerto que viene á molestarle en su boardilla los inviernos y que rabia de hambre en todas estaciones. Esto sin embargo solo lo sabe el que lo sufre, y esa oscuridad masónica dicen que constituye el mérito de las grandes poblaciones. Por eso se dice que en la corte cada uno vive como quiere, y cada cual lo pasa como le acomoda; y esto no es mas verdad que aquello, porque para pasarlo bien se necesita vivir, para vivir es necesario no tener hambre, el hambre se aplaca comiendo, la comida se adquiere gastando, y para gastar es indispensable tener dinero.

Venga sino á destruir esta lógica, el exclaustro á quien deben cuarenta meses, y pida informes á su vecino el cesante que cobra el uno por ciento de su cesantía, ó éntrese á consultarlo con las viudas que yacen en el patio, á ver si todos ellos son capaces de dejarme por embustero. Pero quédense á morir de hambre en sus casas, no los acometa en la calle el tendero, el carbonero y la verdulera, ó aproveche el casero la ausencia de sus inquilinos para dar una vuelta afirmativa á la llave, renunciando generosamente los alquileres que le adeudaren. Yo solo me basto y me sobro, sino para remediar sus necesidades, para sentir las al menos, y algo es algo, por mas que los estómagos estén por lo primero.

Una semana hemos de pasar en Madrid y como

mis lectores: sino porque estos no crean que yo no lo sé: Y es el caso que habia en cierto pueblo de Asturias un cierto cura párroco que todas las mañanas de los días de labor, hacia un cesto y cuando llevaba seis sabia que era domingo. Ocurrióle una vez perder uno, ó robárselo el ama, (esto no se ha podido averiguar aun) y le alcanzó el domingo haciendo un cesto como si fuese sábado.

Avisáronle que esperaban los fieles para la misa; pero como *el que hace un cesto no hace ciento*, ni otro siquiera sin haber almorzado primero, y el cura que se habia comido una cazuela ó escudilla (la tradición tiene varios puntos oscuros) de almortas con chicharones de nabos, no podía celebrar el santo sacrificio, y recontando sus artefactos sostenia que no era domingo. Ultimamente protestando con sus cinco cestos y medio del error en que estaban los del pueblo, predicó un sermón que aseguró valer por media docena

á mi pluma no la cuesta nada fijarse en la clase que mas le plazca, pasaremos revista á todo viviente, y así quedarán todos iguales. Tanto lo que pasa en los elegantes salones de la aristocracia, como lo que ocurra en la dismantelada boardilla del último poeta, salvo sea lo que yo ignore de todo eso, que no será mucho, se puede saber sin otro trabajo que leer los artículos siguientes.

ARTICULO PRIMERO.

¡TRES!

Tomara yo una calesa que me condujese á la plaza de los toros, de mejor gana que escribir este artículo, y á fé que no sería el único ni esta tarea la mas importante de las que se abandonan en esos días por esa clase de diversiones; pero esta holgazanería era muy mal principio de semana, y yo que tolero cualquier falta en los medios, soy inexorable en los extremos. Y tengo tal consecuencia con ese principio que ahora estoy enamorado de una muchacha por la perfección de sus orejas, y es reemplazo de otra muy fea, que á juicio de nacionales y extranjeros, tenia el pie mas bonito de Europa. De todo esto no se les dará un bledo á mis lectores, pero á mi no me importa medio lo que les voy á decir después, y no está fuera de razón que todos cedamos un poco de nuestras pretensiones. A no ser que ellos no gusten de esa tolerancia, en cuyo caso, y desde esta línea, doy por retiradas las anteriores.

El cuartel general de nuestras observaciones será preciso colocarlo en la Puerta del Sol, para todos los días de la semana; y á buen seguro que sepa nadie en qué parte de esa plazuela tengo yo mi tienda de campaña, excepto Madame Lamaignere y los dependientes de su elegante almacén de obleas y papel timbrado. Como la Puerta del Sol no es Madrid, ni en ella hay mas que un sinnúmero de ociosos como representantes de todos los barrios de la capital, muchas cosas de las que vais á oír se saben allí por tradición. Pero yo tengo algo de fisonomista, y os aseguro que aquel hombre de cuarenta, con

casaca de chispa (que dice el vulgo) y caña de Indias (que dice él) con puño de plata (á juicio mio)



que diligente á lo escribano, y pensativo como un bolsista, atraviesa la calle Mayor á las seis de la mañana; es un maestro de obras, aparejado de arquitecto,

que va á sublevar la plaza de Santa Cruz, poniendo á sus órdenes una partida de albañiles para empezar con su ayuda el derribo de algunas casas, y la obstruccion de cinco ó seis calles con los escombros que sobren despues de haber llenado otras tantas callejuelas. Esa clase de edificios movilizadoss no creais que duran una semana ó dos, ni que se disuelven tan pronto como las juntas provisionales de los alzamientos politicos, sino que siguen meses y años, ostentando su fealdad en las calles mas públicas de la corte; y desmoronándose tal cual vez, sobre el infeliz transeunte que nada tiene que ver con que el vagamundo ratero y la doncella apóstata, socabasen aquellos escombros para no dormir á la intemperie. No creais tampoco sea esta la primera vez que yo me ocupo de estas indicaciones, ni os figureis que desisto de mis plegarias *ad hoc* porque los concejales las desoigan; antes por el contrario he resuelto elevar una exposicion al Congreso nacional, nada menos, que apoyarán de buena gana los cocheros, y demas conductores de carruajes y carguios como gente interesada en la materia.

Ahora lo dejó así, porque estoy interesado, y aun comprometido en llevar á cabo este artículo que con pocas digresiones por el estilo, tendria suficiente para no acabarse nunca. Dios me libre de tocar el violon de ese modo, ofreciendo una cosa y dando otra! Impertérrito sigo de atalaya observando esa multitud de borrachos que por haber santificado la fiesta de ayer en Chamberí, andan, pegando tumbos por calles y plazuelas, despues de haber dado palos á los hijos de sus mugeres, y sacudido el polvo á las costillas de su costilla. Y como mi anteojo alcanza á la puerta de San Vicente, puedo deciros con verdad, que á estas horas sale por ellas un enjambre de talegos sobre las cabezas de otras tantas mugeres, que toman sobre sí las manchas ajenas para entregarlas al Manzanares, confidente general de cuanto pasa, trapos adentro, en todas las casas de Madrid.



Suelto en seguida el catalejo, porque á la simple vista puedo observar el gentío que invade la Puerta del Sol, esperando, lo que se les otorga en el momento de abrir la tienda donde se despachan los billetes para la plaza de toros. Cachetes, empu-



jones, puñaladas y hasta pasar la noche en la puerta del despacho; cuesta á muchos el no conseguir lo que pretenden, pues ya los billetes pasaron á poder de los revendedores, que emboscados en las esquinas, calculan por las aperturas el precio á que ha de ponerse el papel un poco mas tarde.

En valde grita el público contra aquel escándalo; dos palcos, veinte gradas y seis tabloncillos, es lo único que hay en el despacho; reservado á mayor abundamiento para los que traigan el valor del billete en la mano derecha y la propina en la izquier-

da. A este tiempo van apareciendo ciertos hombres de mala catadura ó de buena barba á medio crecer y empieza el comercio con los aficionados que pagan esos agios un 25 por 100 mas de lo regular; á no ser que aquel papel-barrera sea de la funcion anterior, en cuyo caso se tiene por nulo el billete, se pierde el dinero de la calesa, y solo se gana el sol que se coje, algo fuerte á las tres de la tarde del mes de junio. Evacuada esa importante adquisicion, acude la gente *cruta*, y los que quieren pasar por tales, á ver el *apartao* y profetizar despues en los corrillos de Madrid sobre las prendas fisicas y morales de los bichos; que, sin intencion de dejar mal á su cronista en futuro, hacen todo lo contrario de lo que aquel pensó que harian.

Una vez empezada la cuestion de billetes, podeis jurar en Dios y los santos, que aquellas otras gentes que veis marchar solícitas y sobresaltadas por la calle de la Almudena, no llevan otro objeto que llegar á la casa de los Consejos á presenciar una operacion terrible, que les ha de decir si multiplican ó pierden la media paga de cesante ó la cuarta de viudedad, que jugaron á la loteria primitiva. Lo segundo es mas probable que lo primero, y así se ven salir 999 caricaturas compungidas y anonadadas por cada una de las que tiran el sombrero por los aires, sin cuidar de recogerlo siquiera. Y aun á la mitad de esas personas que dan un doblon al doctrino que sacó la bienaventurada bola, y un duro á cada pobre de los que hallan en el camino, han tenido la desgraciada fatalidad de oír un número por otro ó sacar de su casa un billete atrasado; que todo es posible en este mundo menos ganar á la loteria primitiva. Jugando, se entiende, pues de otro modo se gana todo lo que no se juega. Y esto no es con ánimo de defraudar esa renta bobba que pagan los bobos al gobierno. Por solo el gusto de oír el: *á ochavito los hijos* con que los antiguos corifeos de la candela, atruenan las calles de la capital, sería yo capaz de dejar la loteria y los jugadores conforme estan, que aunque quisiera no podía hacer otra cosa.

Poco mas ó menos siguen su marcha todos los lunes del año, teniendo lugar en ellos ciertas ocurrencias generales de esas que así se hallan bien con el sábado como con el jueves, y que no dejaremos de referir otro cualquier día de la semana. Adviértese el lunes que hay pocos zapateros de portal fieles al pie de la escalera y de sus hormas, y que varias casas de obra prima, mas algun otro establecimiento están cerrados. Sobre la causa de esto se han dado varias explicaciones, y aunque la tauromáquia de Montes deja tan oscuro este punto como sino tratase de él, se sabe sin embargo que el mismo motivo tienen los



zapateros para no trabajar el lunes, que los empleados para desertar de sus puestos dos horas antes de lo ordinario en esos días. Y como con esto queda en pie la duda ni mas ni menos que si se dijese: don Pedro ha muerto de la misma enfermedad que don Juan, ignorándose si á este último le habian equivocado la *caracionitis* ó habia muerto de *gastro-enteritis*, que mientras las enfermedades terminen en *itis* todo puede ser; resulta que he perdido el hilo de lo que iba diciendo, y que tanto los zapateros, como los empleados y todos los madrileños que veais engullir de prisa y demprano los lunes, apostad el importe de una calesa que van á los toros. Y no os dé cuidado perderlo, porque en todo caso no iriais á pie, gracias al establecimiento de los *ómnibus* que ha servido entre otras cosas para poner en movimiento los carruages ambulantes, y evitar el escandaloso monopolio que tenian los caleseros, con todo aquel que necesitaba sus elementos para llevar los pies en el aire, y dar con la cabeza en el suelo toda vez que á esos instrumentos les ocurría volcar. Y desde la Puerta del Sol á la de Alcalá, solia ocurrir un lance de esos, y á veces dos, si la temeridad del viajero llegaba hasta el punto de subir al carruage despues de haber sufrido el primer descalabro.

Algo mas tarde suelen salir de sus casas los taumomaco-dilettantes de segundo orden, que sin un cuarto en el bolsillo, y con el corazon berrendo en entusiasmo banderillero, estan imposibilitados de pagar una pesetita siquiera por un tendido de sol. La obligacion es antes que la devocion; y cuando Jovellanos puso el *pan* primero que los toros, olvidado tendria que la guadaña no conoce barreras, y al que fuese en ayunas á los toros lo mataria de hambre, del mismo modo en la grada que en el tabloneillo. Sucédeles á esos aficionados que dan vueltas y vueltas en rededor de la plaza, calculando el mérito de las suertes por el ruido de las palmas, y el número de los bravos, lo que á los músicos viejos, que todo lo pierden menos la aficion y el compás.

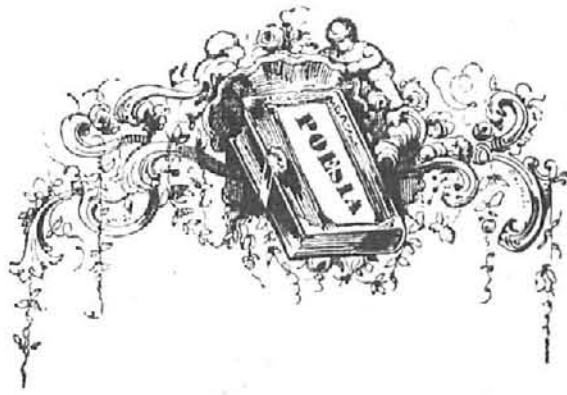
El paseo del Prado, que diariamente es un recurso para las niñas que estan de saca, y los conquis-



tadores de oficio, presenta los lunes un cuadro descolorido y sin entonacion de ningun género: que va remiando vida, aunque de mal tono (que en esto de vidas hay mucho que hablar) con las agonias de la corrida.

Disúelvense con eso las ocupaciones del lunes; multitud de vagos, cereros, perdidos, holgazanes, truenos y gente ociosa rodea entusiasmada á los valientes que acaban de dar el juguete en la plaza de toros. Infinidad de calesines cruzan Madrid á esas horas y en todas direcciones. Apenas hay café donde no se abra discusion sobre los detalles de la corrida, y apenas habrá placer igual al que yo tengo en este momento.

ANTONIO FLORES.



A LA INVICTA SEVILLA

BOMBARDEADA POR ESPARTACO.

»Si de contraria suerte á los rigores
ve un gran pueblo su gloria oscurecida,
fácil se dobla al ominoso yugo.
España sienta el mío; ya rendida
bajo el hacha fatal de mi verdugo
de sus hijos la prez cayó sin vida.
La hora llegó por fin: con mudo espanto,
sumida en su quebranto
me verá hollar sus venerandas leyes,
su libertad, su honor, y en sus escombros
Elevarme hasta el trono de cien reyes.»
Dijo el tirano y su mirada impura
levanta codiciosa
del solio ibero á la eminente altura.

Ay del que ciego en su ambicion demente
sin la pupila ardiente
del águila altanera
osa mirar á la radiante esfera
do el astro de Castilla
con poderosa luz eterno brilla!
Ay del que ardiendo en vengativa saña
de union y paz al eco repetido
por los inmensos ámbitos de España
responde con el bárbaro estampido
del bronce destructor! Al ronco trueno
late indignado de la patria el seno:
el leon castellano
se despierta á su voz dando un rugido
y al fuego vengador de su mirada
la soberbia arrogancia del tirano
su poder y su orgullo fueron nada.

Oh! como el alma de entusiasmo llena
mi labio agita! en fervoroso acento
de mar á mar magnifico resuena
y el nombre dando de la patria al viento
al guerrero clamor de la victoria
se elevará tronando al firmamento.
De allí los triunfos cantaré y la gloria
que de lauro inmortal ciñen tu frente,
corona de la Bética esplendente,
Sevilla! madre del fecundo suelo
donde el amor y el entusiasmo unidos
brotan al rayo de tu ardiente cielo;
donde no en vano crecen confundidos
para premiar tu aliento generoso
la verde oliva y el laurel glorioso.

Salve, ciudad magnánima! tu fuiste
la escogida entre todas: ya la mano
de Dios á cuyo impulso no resiste
embravecido el férvido Océano,
poderosa aniquila
la vana pompa del soberbio Atila
y la estrella en tu indómata constancia.
Aquí de su arrogancia
debió el término ser: en estos muros,
débiles sí, pero que libres pechos
guardan leales de vergüenza puros.
Aquí su desastroso
poder que se atrevió á los resplandores
del trono de Castilla victorioso,
para ejemplo de ingratos y traidores
«caiga deshecho en confusion y espanto
ante la augusta sombra del rey Santo!»

Véle allí!... del poder de sus legiones
los vandálicos restos acaudilla;
á la tonante voz de sus cañones
revolviendo la bárbara cuchilla
arde en sed de exterminio y de matanza
y con todo el furor que el pecho encierra
grita con ronca voz: guerra y venganza!

Oh! si!... venganza! con terrible acento
responde el eco á su traidor enceno.
La piden contra tí, mónstruo sangriento
la libertad hollada
el ofendido trono
y la sangre de mártires sin cuento
en pérfido holocausto derramada.
Vengados quedareis, manes gloriosos.
No ois el grito vengador tronando
retumbar en los ámbitos hermosos
de la invicta ciudad de san Fernando?
¿No veis la augusta sombra
del guerrero monarca levantarse?
¿No se acerca á las vuestras? ¿No las nombra?
¿Y no sentís en vuestro helado pecho
su vencedor espíritu agitarse?
Volved los ojos al combate rudo,
guerreros sin mancilla,
y vuestras almas invencible escudo
serán que guarde á la inmortal Sevilla!
Volad! volad! tras la sagrada enseña
que el Santo rey tremola
y al ver cruzar el escuadron glorioso
arderán en aliento generoso
cuantos sientan hervir sangre española.

Oh! si!... ya el carro de Mavorte fiero
oigo crugir; y resonar en torno
el golpe del acero....
Arde la lucha: el eco estremecido
repite del clarín el ronco alarde;
retumba el bronce, el encendido yerro
lanzando por el déspota cobarde
los aires corta en silbador amago...
y la noble ciudad mira indignada
arder sus techos con horrible estrago.

Ay! todo es ya desolacion, ruina
en el tranquilo hogar. Todo al impulso
de los rayos que el vándalo fulmina
tiembla, vacila, y entre el humo envuelto
del incendio voraz, cae inflamado.
Así tambien cuando revienta airado
el etna cavernoso
en resonante estruendo pavoroso,
el suelo se estremece
y la rugiente llama embravecida
en humeante remolino crece.

Sevilla en tanto la serena frente
de fuego circundada
alza invencible al templo de la gloria.
Deidad parece, orlada
del vivo resplandor de la victoria:
Y de las bombas al horrible estruendo
se oye la voz de tus valientes hijos
que el santo grito de concordia lanza
en entusiasmo generoso ardiendo.
Pueblo grande y sublime! En tu alabanza
mi acento enardecido
resuene en medio de la lid sangrienta
como la voz del Noto embravecido
cuando el seno del mar ruga y fermenta.
¿Mas quién dirá tu esfuerzo valeroso
tu alta virtud, tu noble bizarria?
Un día y otro día
crece el estrago y tu valor acreces;
y siete soles en su curso alumbran
el ejemplo inmortal que al mundo ofreces.

Pero ay! ¿será que si tus hijos dieron
del numantino esfuerzo las señales
con su estrella infeliz tambien nacieron?
y entre llamas fatales
¿verán hundirse la ciudad querida
en ardientes escombros convertida?
No que el cielo prepara
á tu constancia espléndida corona

y tu memoria brillará preclara
de polo á polo en la extendida zona.

Levanta si, la coronada frente
reina hermosa del Betis, y contempla
tu campiña riante
cubierta ya de bárbaros despojos;
y de tu incendio los fulgores rojos
mira apagarse al resplandor Febéo
que nuncio de victoria
ilumina el espléndido trofeo
magnífico blason de tu alta gloria.

Triunfaste ya! las brisas bienhechoras
que alza el Guadalquivir blandasorean
de tus guerreros la tostada frente
y en torno suyo agitan dulcemente
fresco laurel y palmas vencedoras.
La fama tiende el vuelo
y entre los vivos y valientes sonos
del bélico clamor, levanta al cielo
la noble hazaña conque al mundo asombras
y la anuncia á tus ínclitos varones.
En su alto asiento las augustas sombras
magnánimas se engríen
y con miradas de placer sonríen.
Isidoro inmortal sus manos puras
fervoroso levanta á las alturas;
Fernando eleva su pendon glorioso
de las menguantes lunas victorioso.
Revolviendo invencible la mirada,
Vargas agita su invencible espada
y Herrera entona de tu gloria el canto
con la robusta trompa de Lepanto.
Himnos sin fin á tu valor levante
la patria agradecida.
Lauros sin fin la libertad triunfante
dé al claro honor de su mansión querida
y el padre Betis rauda y espumante
lleve agitando su raudal copioso
á los opuestos términos de Atlante
la fama de tu nombre generoso.

LUIS VALLABARES.

HISTORIA LITERARIA.

De la DIVINA COMMEDIA de Dante Alighieri, y de
la influencia que este poema ha ejercido en la li-
teratura española.

PRIMERO ARTÍCULO.

Pocos estudios presenta la historia de las naciones en los remotos y en los cercanos tiempos, mas complicados é interesantes que el del renacimiento de las letras en la moderna Europa. Advertiase ya desde el siglo XII aquel movimiento bullidor de los ánimos, aquel desasosiego de las ideas, precursor de las grandes revoluciones sociales. En la esfera literaria, los trovadores, la poesía provenzal, es decir, cantos de amor y guerra, y no pocas veces, sátiras atrevidas contra los papas y los reyes: en la esfera política, las cruzadas y la lucha del sacerdocio con el imperio: los dos intereses inmensos y fecundos que hicieron tan borrascosa una parte de la edad media.

A la sombra terrible de estas luchas entre el poder pontifical y el poder civil, había ido germinando rápida y progresivamente en Italia cierto espíritu de independencia moral y política, favorecido por la omnipotencia de la iglesia y por la tendencia á las asociaciones gremiales, allí mas enérgica y precoz que en el resto del continente europeo. De ahí es que las ciudades italianas de los siglos XIII y XIV presentan en sus pasiones profundas y rencorosas una imagen bastante fiel de aquella Grecia antigua, tan ilustrada y á la par tan hondamente removida por el espíritu democrático.

Semejante fermentación moral no fué ni pudo ser infructuosa para la literatura. Aunque esta nació, como de ordinario acontece, informe é indecisa; aunque no alcanzaba ni siquiera á fijar la lengua italiana, desdeñada por los filólogos y subdividida en

mil dialectos (1), iba sin embargo regularizando su acción y mereciendo favor mas directo y consideración mas alta. El crecido número de escuelas, la polémica teológica y la protección de los príncipes, empezaron á despertar la imaginación de aquel pueblo ardiente y apasionado. Ya aparecían poetas cuyos cantos oscurecían el brillo de los trovadores, y cuyos giros y estilo manifestaban mas lozanía de pensamiento, mas tino y seguridad en las formas y en la armonía.

Pero todos estos cantos no eran mas sin embargo que la expresión sencilla de algunos sentimientos de amor y religión. No había llegado aun el tiempo de las grandes concepciones poéticas. Faltaba un hombre creador que imprimiendo á sus obras el sello del verdadero genio, consignase en ellas todo el espíritu de su siglo, su impulso, sus sacudimientos, sus creencias, todas las condiciones en fin de aquella existencia tan varia y turbulenta.

Este hombre extraordinario, tan aventajado á la cultura de su tiempo, se presentó al cabo: era el Dante. Pero nada había anunciado su aparición. Algunos años antes no tenía la literatura italiana ni lengua, ni formas, ni elevación. Nadie había revelado aun el fondo de sublime y arrebatada poesía que estaba escondido bajo el rudo manto de la edad media. Por eso le llama con razón el filósofo alemán Federico de Schlegel «fenómeno extraordinario y maravilloso que caracteriza eminentemente el espíritu peculiar de la primera época escolástico-romántica del arte y de la ciencia (2).»



Pero el mérito absoluto del Dante no ha sido por todos, ni en todos tiempos igualmente reconocido. Algunos críticos avasallados por la rutina de las escuelas y ciegos admiradores de dogmas y leyes exclusivas que ponen coto al vario é inmenso campo del ingenio humano, donde mas que en otro alguno deben reinar la libertad y la tolerancia, no le han perdonado que siguiese una senda hasta entonces por nadie hollada. Mas apreciadores estos de las bellezas de dición que de la fuerza de los sentimientos y de las ideas, anteponiendo la forma al fondo y desconociendo así la verdadera esencia de la poesía, no aciertan á comprender que unos versos no siempre felices en la cadencia armónica, y no pocas veces rudos en el lenguaje, encierran un tesoro de profunda y sublime poesía, de aquella poesía tier-

(1) Dante asegura en su tratado *De vulgari eloquentia* no ser menor el número de los que se hablaban en Italia en su tiempo.

(2) *Philosophie de Geschichte*, tomo II, Lección XIV.

na ó apasionada en los afectos, sencilla y vigorosa en la expresión, que levanta la fantasía, que conmueve el corazón y que es como ha dicho admirablemente un gran poeta:

Il parlar che nell' anima si sente.

El autor mismo de estos apuntes ha oído con asombro á algunos literatos justamente célebres apellidar al Dante *poeta semibárbaro*. ¡Con asombro, si, porque la gloria del poeta florentín tiene en su favor el crisol de seis siglos y los aplausos de la Europa entera!

¡Increíble parece que hasta en literatura ciegue tanto el espíritu de partido! Voltaire mismo dejándose llevar de las creencias de escuela, pero bastante cuerdo para no negar un mérito tan evidente, considera á la *Divina Commedia* en su ensayo sobre las costumbres, como una «obra singular que resplandece por sus bellezas naturales, y en cuyos pormenores se sobrepuso el autor al mal gusto del siglo en que escribía y del asunto que manejaba.» Voltaire, crítico intolerante por demás en puntos doctrinales, reconoce mérito á Dante aun en esa misma originalidad de formas, que era acaso á sus ojos el mayor extravío del poeta!

Mas por fortuna la reputación colosal del Dante es de aquellas en que no pueden hacer mella las diatribas de algunos críticos, como quiera que ha sido igual á su alto mérito el aprecio sin ejemplo que han merecido siempre sus obras en Italia y otros países. Ya en el siglo XIV se establecieron en Florencia, Pisa, Bolonia y otras ciudades cátedras exclusivamente destinadas al estudio é interpretación del poema que alcanzó entonces el sobrenombre de *divino*, y el célebre arzobispo de Milan, Visconti, nombró para su exámen una comisión compuesta de dos ciudadanos florentines, dos filósofos y dos teólogos. El número de los comentaristas y apologistas de Dante desde Giovanni Boccaccio, compatriota y contemporáneo del poeta, hasta Hugo Foscolo, Biagioli, Rossetti y otros que han escrito y escriben en nuestros días, es ciertamente prodigioso y comprende nombres insignes como los de Alfieri y Tiraboschi, que no pueden ser sospechosos ni aun para aquellos que solo gustan de poemas de clásica estructura. Florencia arrepentida pidió, aunque en valde, á Rávena las cenizas del gran poeta, y colocó su estatua coronada de laurel en uno de los pórticos de la iglesia metropolitana, y al lado de los santos patronos de la ciudad, como para expiar con este género de culto las desavenencias políticas que hicieron padecer al poeta en sus últimos años las amargas del destierro.

Aquellos que teniendo á la expresión por primer elemento de la poesía, toman apenas en cuenta el valor lógico y el alcance moral de las ideas, solo ven en Dante un poeta primitivo en cuyas obras se encuentran á veces bellezas hijas de una inspiración instintiva, pero que se resiente de la rudeza de su época y de la imperfección de un idioma informe todavía. Los que así solo lo juzgan, no comprenden las altas miras morales y filosóficas que dejó consignadas en su inmortal *Divina Commedia*. Ya presagiaba el poeta que no todos harían justicia á la obra, fruto de tantos desvelos y predilección, y por eso exclamaba en el canto IX del *Inferno*:

*O voi che avete gl' intelletti sani,
Mirate la dottrina che s' asconde
Sotto l' velame delli versi strani.*

La *Divina Commedia* encierra en efecto en sus hechos y en sus pasajes dogmáticos gran copia de enseñanza alegórica, como lo da á entender el autor mismo en la dedicatoria de su obra cuando dice á Can della Scala: «Hallareis en la tierra que habitamos el original de mi *Infierno*.» Y la pureza de la intención que lo guiaba, se manifiesta claramente cuando dice en el canto XXVIII:

*Se non che coscienza m' assicura,
La buona compagnia che l' nom franchiseggia
Sotto lo sbergo del sentirsi puri.*

Varios son los aspectos bajo los cuales debe ser considerado el mérito de Dante. La razón, la fé y el estudio de los hombres y de las cosas guiaron su

entendimiento en el laberinto de la *Divina Commedia*. Hugo Foscolo llama al autor «historiador de las costumbres de su tiempo, profeta de su patria y pintor del linaje humano» y el crítico alemán Brucker le aclama «pensador profundo que debe ser contado entre los reformadores de la filosofía.» Grandioso es por cierto el pensamiento de colocarse en un mundo invisible y de hacerse juez de las pasiones y extravíos de la humanidad, y de la conducta y doctrinas de los personajes mas sobresalientes en la historia. Los gobiernos, los reyes y los pueblos sirven indistintamente de blanco á sus amargas invectivas. Nada logra sustraerse á su genio investigador, ni recuerdos de lo pasado, ni acciones contemporáneas, ni rencores civiles, ni pasiones mas blandas, ni creencias religiosas, ni tradiciones nacionales. El cielo y la tierra intervienen en tan gigantesca crea-

cion, como el poeta mismo dice en el canto XXV del *Paradiso*.

Si se dudase del principio de que la poesía es el reflejo de la sociedad, bastaría el examen de la *Divina Commedia* para convencerse de su evidencia. El poema lleva en efecto el sello de su siglo, y se hallan en él retratadas todas las agitaciones de aquella borrascosa época. La Europa empezaba á la sazón á despertar del letargo de la edad media, y aquellos tiempos como de transición y lucha proporcionaron al poeta terribles lecciones é impresiones profundas. La Italia estaba destrozada por facciones intestinas, que le hicieron exclamar en el canto VI del *Purgatorio*:

¡Ah! serca Italia di dolore ostello,
Nave senza nocchiero in gran tempesta,
Non donna di proviwie, ma bordello!

Las parcialidades de *guelfos* y *gibelinos*, degeneradas despues en las de *blancos* y *negros*, representantes la una de la independencia de Italia y de los derechos populares, y la otra de las prerrogativas feudales y de la supremacía del imperio, arrancaron de sus meditaciones al poeta para lanzarlo en la vida activa. Hicieronle guelfo las tradiciones de familia y sus propias simpatías: desempeñó cargos públicos de la mayor entidad, y habiendo ido de embajador á Roma para combatir la influencia de los negros, estos llamaron á Florencia á Carlos de Valois, hermano de Felipe-el-Hermoso, el cual manchó su nombre proscribiendo á los gefes de la parcialidad de los blancos.

(Se continuará.)

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

CAMIN



Y ABEL.

NOVELA.

CAPITULO PRIMERO.

LA CIUDA.

En el mes de abril del año de 1610, y á la caída de una tarde, atravesaba la espaciosa plaza de San Pedro de Roma, un jóven que no solo por el corte de su vestido por los vistosos lazos que le adornaban, por las grandes alas de su sombrero cubierto de plumas, y por la anchura y forma de su gorguera, sino por su porte, y por la cancion que tarareaba en voz baja, dejaba conocer desde luego que era francés. Vendría á tener unos veinticuatro años, era alto, moreno, y sus facciones varoniles lo parecían mas por la negra barba y bigote que rizados con alguna presuncion daban mayor realce á la buena cara del mozo. Distruido en no sé que ideas, descansaba la una mano sobre el pomo de su larga espada, y con la otra, en la que llevaba un bastoncillo negro por el cual serpeneaba en toda su longitud un cordón con borlas verdes, hacia crujir el aire á su alrededor.

De este modo iba á entrar bajo los arcos que por ambos lados cierran circularmente la plaza, si una mujer que cuidadosamente rebozada con su manto, le expiaba hacia rato, no le cerrara el paso diciéndole:

—¿Sois el conde de Laval?

—El mismo, bella encubierta, dispuesto siempre á servir á las damas.

—Pues siendo así, tened á bien seguirme, caballero, que he de hablaros en secreto.

—¿Y no puede ser aquí?

—No. Seguidme.

—Ya te obedezco.

El conde de Laval, pues realmente lo era, aunque desconfiado, como todo extranjero que se halla en otra nacion que la suya, y con la opinion que de los italianos han tenido siempre en su país sobre todo en aquella época, era jóven, valiente y caprichoso: como jóven, claro está que no reflexionaba mucho en las consecuencias de una accion, como valiente parecíale indigno abandonar una empresa por exceso de prudencia, y como caprichoso obedecía casi siempre mas á su corazón que á su cabeza: la aventura presentaba buen aspecto, quiso llevarla á cabo. Hizo un movimiento con la cabeza, é indicando con la punta de su bastón el camino que debía seguir, se dirigió hácia la mas próxima salida de la plaza.

Apenas habían andado unos cincuenta pasos fuera de ella, la mujer le detuvo por la manga al volver una callejuela, y poniéndole un papel en las manos:

—Esta carta es para vos, le dijo.

—De amor?

—Si no fuera de amor, os la entregaria con tanto misterio?

—Y de mujer bonita?

—Si no fuera bonita, no sería yo su criada, dijo la tapada entreabriendo el manto con afectado descuido, y dejando brillar ante el conde á la débil luz del crepúsculo, el fuego de sus ojos negros y la blancura de sus pulidos dientes.

El conde se sonrió, y un ligero movimiento de cabeza hácia adelante suplió al cumplimento mas lisonjero. Despues dió algunos pasos atrás, y colocándose bajo la luz que alumbraba á una Madonna colocada en la tapia de la casa mas próxima, leyó el contenido de la carta.

—Hermosa, dijo volviendo al lado de la jóven que aguardaba en silencio, y despues de haber pensado un instante:—no puedo ir á la cita que me dá tu señora esta noche, porque esta misma noche me pongo en camino.

—Ya lo sé, pero aun os quedan dos horas, y podéis hacerla una visita de despedida.

—Es decir que esperan hacerme quedar.

—No os juro que no lo intenten por lo menos.

—Vive Dios, que es una verdadera aventura de Carnaval, y por el chiste del caso accedo gustoso. La silla de posta, irá á buscarme á las señas que pone esta carta.



Y dejando caer en el seno de la jóven un luis de

oro, volvió la espalda, y se dirigió otra vez hácia la plaza de San Pedro, haciendo silbar de nuevo el aire con su bastoncillo.

La muchacha apenas le perdió de vista, se encaminó hácia la orilla derecha del Tiber, detúvose delante de una casa de mas que mediana apariencia, y ya se preparaba á cojer la maciza aldaba del portón, cuando chillando este sobre sus goznes, se abrió y dió paso á otra mujer vestida toda de negro y cubierta con un *Mezzaro* á la veneciana.

—Dios os guarde Jacinta, dijo al reconocer á la criada y cediéndola la entrada de la puerta.

—El os guie, signora, ¿quién sois?

—No me conoces!... La dueña Pizpoletta!

—Santa Maria la Mayor me proteja, dijo Jacinta santiguándose y cerrando el portón de golpe.

CAPITULO SEGUNDO.

LA SOLUCION DE UN ENIGMA.

Si la oscuridad de la noche hubiera permitido á Jacinta distinguir al rededor suyo, hubiera visto que no era solo la dueña Pizpoletta la que estaba á su lado, sino que mas alla y enfrente de la casa de su señora, un jóven contemplaba de hito en hito las ventanas, sin cuidarse de lo que en torno de él pasaba. Asimismo, hubiera conocido á una simpie ojeada, y á ser de día, la clase y condicion á que aquel hombre pertenecía, pues era imposible equivocarse el traje airoso y sencillo de los pescadores del muelle de Monteleone. En la gracia con que caía su gorrilla sobre su negra cabellera y en la desenvoltura con que hacia ondear los pliegues de su cortisima capa, que cubriéndole apenas la espalda y el hombro izquierdo, venia á sujetarse debajo del brazo derecho, se descubria fácilmente que aunque nacido del pueblo, aquel jóven estaba dotado de nobleza y gallardía en su porte. Ademas llevaba colgado al cuello el indispensable adorno de todos los de su profesion; un rosario plagado de cruces y medallas.

Tres veces habia atravesado ya la calle con direccion á la casa, y otras tantas habia vuelto á su puesto primitivo, como abandonando su resolucion, ó no atreviéndose á ponerla en práctica. Por fin haciendo de repente un movimiento brusco y encogiéndose los hombros, voló hácia la puerta por temor de que no le abandonase aquella súbita determinacion, y cojiendo el llamador hizo sonar con fuerza el hierro contra el hierro. Sin embargo, cualquiera hubiera dicho un momento despues, al ver su indecision que le pesaba lo que acababa de hacer, aunque no por eso se movia, mas bien parecía clavado allí por los pies como una estatua de piedra.

—¿Quién llama? dijo una voz desde dentro.

—Jacobo Salviati, pescador del muelle de Monteleone, respondió el joven.

Y la puerta se abrió, dejando caer sobre la calle y el joven un triángulo de luz.

—¿Qué es lo que queréis? preguntó Jacinta.

—Hablar á vuestra señora. Tengo que entregarla en propia mano un hallazgo que la pertenece y que ella tiene en gran precio.

—Su sortija tal vez?

—Su sortija.

—Entrad, dijo Jacinta y cerró la puerta.

No me meteré á describir la magnífica escalera de marmol que para llegar al primer piso, subió nuestra joven, ni las ricas alfombras que tapizaban las habitaciones que la criada le hizo atravesar, ni la riqueza y elegancia de los muebles, ni el delidado trabajo de los embutidos y dorados, ni mucho menos las vistosas y fantásticas labores de las maderas que cubrían las paredes hasta el tercio de su elevación, talladas y recortadas como el mas fino encaje, y las recamadas colgaduras de terciopelo, y la artesonada techumbre sobrecargada de arabescos. Fuerza será que el lector pase por alto todo esto, y deteniéndose con Jacobo en un vasto salon, aguarde con nosotros el aviso de Jacinta.

Tres minutos habrían transcurrido apenas, desde que el mancebo entrara en el salon; y las dos hojas de la puerta se abrieron dejando penetrar la vista hasta un gabinete circular, á la italiana, amueblado con el mayor gusto y elegancia. Una lámpara de blanquísimo alabastro suspendida del techo, iluminaba la pieza por partes iguales, y dejaba percibir á un lado las bordadas colgaduras de la alcoba, en cuyo fondo se descubría un lecho muy elevado en figura de góndola, al cual era preciso subir por unas gradas de lustrísimo azabache. Una dama en toda la lozanía de su juventud, tipo de la belleza italiana, recostada orientalmen te en un canapé muy bajo y con un solo respaldo á uno de sus lados, llamándole con la mano dijo á Jacobo.

—Entrad.

Y el joven obedeció, despojando su cabeza de su agraciada gorrilla y mostrando á los ojos de la dama una frente llena de expresion. Apenas dió un paso dentro del gabinete sintió un aire perfumado y suave que conmovió sus sentidos; la fresca brisa del Tiber que penetraba por entre las persianas templaba un tanto el calor de la estancia y la transformaba en un lugar de delicias. Los ojos de Jacobo centelleaban al acercarse, y sus labios se agitaban de placer con un temblor imperceptible. Por qué? Eso es lo que quizá nos dará á conocer el diálogo siguiente.

—Acercaos, le dijo la hermosa italiana... es á mí á quien deseais hablar?

—Sí, contestó balbuciendo el joven, á vos misma, y sacando del seno un grueso anillo de oro guarnecido de rubíes con una sola y ancha esmeralda en el centro, debajo de la cual habia un secreto cautelosamente oculto por el artifice, se le presentó diciendo: —Tened.

—Mi sortija! sí, es mi sortija. Oh! ahora me acuerdo de vuestras facciones; no es esta la primera vez que os he visto.—Como os llamaís.

—Jacobo Salviati, señora; mi barca es la que seguía á vuestra góndola el día que dejásteis caer esa sortija en el Tiber, y cuando gritásteis: «al que me presente esa sortija le daré lo que me pidiere» mi voz fué la que os respondió:—«mañana la tendreis.» Perdonad, hermosa dama, si hace tres días que os hice esa promesa y no os la he cumplido: Dios me es testigo de que no ha sido por culpa mia, sino la he traído el día que os prometí.

—Y como habeis descubierto mi casa... por ventura me conociais?

—Sí, dijo Jacobo clavando en ella sus ojos de fuego.

Diciendo esto, la bella italiana quiso incorporarse y sosteniendo el peso de su cuerpo sobre su pulida mano, tomó con la otra la sortija que le presentaba el joven; este en pie y á su lado devoraba con sus miradas aquel conjunto de bellezas, y seguía con ojos sedientos los movimientos iguales y pausados de los ricos encajes que cubrían el seno de la *signora*. La sangre subía como una lava abrasadora desde su corazón á su cabeza, y reflúa nuevamente embargando como una corriente magnética los miembros del man-

cebo; sus arterias latian con fuerza, y sus mejillas encendidas brotaban fuego.

La italiana observó la conmocion del airoso romano y mirándolo al descuido se sonrió.

—Jacobo; le dijo, el agua del Tiber tenia mucha profundidad en el sitio en que cayó esta sortija; gran riesgo debeis haber corrido para encontrarla.

—Puede ser; deseado hubiera sin embargo tener que buscarla en el mar, y que allí hubiese caído.

—Sin duda para que la recompensa fuera mas grande.

—Eso es, contestó él sonriéndose con ironía.

—Hablad entonces, ¿qué es lo que queréis?

Esta pregunta fué un golpe mortal para Salviati; un movimiento algo brusco y sus cejas involuntariamente fruncidas, manifestaron el resentimiento que su amor propio habia experimentado. No obstante, volvió á recobrar su semblante risueño y apasionado, y dijo con un acento lleno de sensibilidad;

—Veo, con gran dolor mio, que os soy molesto; disimuladme. La recompensa que quiero, me preguntais? Cuánto vale esa sortija?

—Cincuenta doblas, contestó la dama.

—Pues dadme una de las flores que están sobre esa chimenea, repuso Salviati; y encaminándose hacia un búcaro negro de elegante forma y de aquella fragante arcilla que solo se encuentra en América, colocado encima de la chimenea, quiso cojer una de las flores de un primoroso ramillete simétricamente dispuesto en la vasija. No salta tan ligera la hiema sobre su presa, como la hermosa italiana se arrojó sobre Jacobo, y asíndole de ambos brazos le detuvo con fuerza; gritándole:

—No, no; esas flores no.

El joven retrocedió entre respetuoso y espantado, y no sabiendo á que atribuir aquel desaire contemplaba tristemente con la cabeza inclinada sobre el pecho, á aquella incomprendible é ingrata cuanto hermosa mujer que colocada delante de la chimenea, parecia temer aun que el desprendido joven insistiese de nuevo en sus deseos de cojer una flor. —Parecia un avaro defendiendo el sitio donde yace enterrado su tesoro.



—Pido mucho sin duda, no es verdad, hermosa señora? dijo Salviati exhalando un ahogado suspiro: —entonces escuchad: en lo sucesivo, cuando saliereis á las calles de Roma, ó fuereis á pasear al Corso, os seguirá un hombre, á quien vereis á menudo, si por acaso os asomais á la portezuela de vuestro coche. Por la tarde, cuando entreis en la Basilica de San Pedro ó en la de Santa-Maria-Mayor, ese hombre, quizás osará entrar tambien y arrodillarse á breve distancia vuestra en la misteriosa oscuridad de una capilla; por la noche cuando volvais de una funcion con la sonrisa en los labios, y marchitas flores en vuestras pulidas manos, le vereis aun delante del umbral de vuestra puerta, inmóvil y buscando una sola mirada en pago de tantas miradas. Pues bien, señora, no le digais nunca á ese hombre: «Estoy harta de verte.» y esa es la única recompensa que os pido.

Dicho esto, y arrodillándose á besar la falda de su vestido, salió precipitadamente de la estancia sin aguardar mas respuesta.

La italiana inmóvil y de pie le siguió con la vista, y Jacinta estupefacta exclamó entre dientes mirando á su señora.—No sé como ha tenido alma para negarle una de las flores de ese ramillete!... Cuando la sortija vale cincuenta doblas, y el es un tan apuesto y gallardo mancebo! Mi señora ha perdido el juicio.

—Jacinta, dijo la dama despues de un breve silencio, conocias á ese joven?

—Su cara no me es enteramente desconocida, contestó la criada; á no dudar es el mismo que veo rondar hace algun tiempo al rededor de esta casa. Es un cumplido mozo y extremadamente generoso.

—Sí, sí, respondió su señora preocupada, y dirigiéndose de nuevo al canapé recojió una carta que en él yacia abierta, y volviéndola y revolviéndola en sus manos, se puso por último á leerla maquinalmente.

Jacinta temiendo incomodarla se retiró cerrando las dos hojas de la puerta.

El ruido hizo levantar la cabeza á la lectora, y al verse sola, su bello semblante tomó una expresion llena de amargura y tristeza. Recorria con los ojos repetidas veces la estancia, y siempre venia á fijarlos, y sus miradas se estrellaban siempre en el ramillete. Por fin despues de haberle contemplado por largo rato, arrancó un ay! profundo, y exclamó abandonando la carta que aun tenia en las manos:—Hé ahí como yo era amada en otro tiempo! Camilo me hablaba con la misma voz, trémula de amor, y con el tono penetrante de la pasion; entonces, añadió en voz tan baja, como el aire que susurraba por entre las persianas, yo no pensaba en cimentar nuestro amor con un crimen. ¡Oh recuerdos de un tiempo feliz que temo haya desaparecido para siempre! Y moviendo imperceptiblemente la cabeza, dejó caer su frente contra el respaldo lateral del canapé, exhalando un hondo suspiro.

Así permaneció algunos minutos, y el silencio de la estancia solo era interrumpido por el mecanismo del reloj y el ruido lastimero de sus exclamaciones. De repente levantó la cabeza y cojiendo convulsivamente la carta que estaba á sus pies, leyó en voz baja, muy baja, y con el semblante descompuesto y los ojos desecados el contenido de ella, que era en estos términos.

«Un amigo de Camilo le avisa que la familia del conde de Bellacasa ha solicitado y obtenido permiso de S. E. el cardenal obispo de Viterbo, presidente del tribunal de la inquisicion romana, para formar causa sobre la imprevista y trágica muerte de dicho caballero. Camilo oirá la voz de su conciencia, y poniéndose la mano en el pecho, estimará este aviso en lo que vale. El que esto le advierte le suplica que reflexione detenidamente en la manera de enjuiciar de la santa Inquisicion romana, y mas que en esto aun, en la reputacion de que goza, la cual está lejos de ser una recomendacion para cualquier acusado.»

Acabado que hubo esta carta la desgarró entre sus manos, no ya llena de ira ni de dolor, no ya triste ni acongojada, sino con rostro sereno y resignado. Despues de haber roto, en pedazos muy pequeños los mas pequeños pedazos, cruzó sus dos blanquissimas manos y apoyándolas sobre sus rodillas, exclamó miran-



do fijamente la rica alfombra que tapizaba el suelo, como enagenada en sus ideas—Tybalti! Tybalti! Un agente secreto de la policia del papa Urbano VIII!

Un hombre cubierto de oprobio por no perecer de hambre, y que sin embargo es el mejor amigo de Camilo. Si, el mejor amigo, porque sin este aviso suyo estaba perdido sin remedio. Camilo! es necesario que á toda costa te saque yo de este peligro, y que á toda costa salgas de una vez de tan horrible situación. Ah! qué bien he hecho en leer otra vez esta carta, con-

tinuó levantándose con aire decidido, porque me ha devuelto toda mi entereza. Mi proyecto es temerario y arriesgado; pero empieza á salir tan á mi deseo, que no puedo menos de darle de antemano el parabien por su buen éxito.

El ruido de la aldaba haciendo repetir su eco en el artesonado techo, heló la palabra en los labios de

la dama. Corrió á una de las persianas del salon, y se retiró inmediatamente parándose á contemplar de nuevo las flores del ramillete. En seguida, y con pausados pasos, volvió á encaminarse al canapé en el cual se recostó lánguidamente clavando sus impacientes ojos en la puerta.

ISIDORO GIL.

LA BUÑOLERA.

Cancion Española por Mariano Soriano Fuertes.

AIRE DE WALLS.

1.ª vez. | 2.ª vez.

PIANO.

Voz. Pregonando con brio.

rrall—»

A mis bu ñue los quien quiere mas quien quiere mas.

Con gracia.

Con brio.

Son al es tí lo del puer to po co a cei te y mu cha a zu car. To os en vi dian ma.

Con gracia.

cier to a lla en la ca lle de fu car to os en vi dian mia cier to a lla en

Pregonando con brio.

rrall—»

All.º m s

la ca lle de fú car. A mis bu ñue los quien quiere mas quien quiere mas. A mis bu ñue los

Pregonando

1.ª vez. | 2.ª vez.

Con fuego.

des en un cha vo que los a ca bo de fra vi car. car. A mis bu ñue los quien quiere mas

II.

Trempanito mi pariente
tema el primero que frio
en pues echa el aguardiente
y ya tiene hecho el avio.
A mis buñuelos, etc.

III.

Cuando un menestril se llega
le doy uno y tan contento,
ya ni sus labios despega
pa moverme del asiento
A mis buñuelos, etc.

LA PUERTA DEL SOL.

Apenas el elegante viagero posa sobre los magníficos empedrados de esta capital; apenas sale su avariada imaginación de la estrecha *rotonda interior ó berlina*, el primer pensamiento que le asalta, la idea primera que se le ocurre, es el ver la decantada Puerta del Sol. Este es un deseo que alimenta como una brillante esperanza, como un placer que ha de saciar. Efectivamente; la turba de los amigos le conduce, le embrolla, le guía, hasta colocarle sobre las aceras de correos: mi hombre pregunta entonces por la puerta.... esto es claro.... ¿en donde está la puerta? ¿La puerta del Sol?.... Cierzo que es un mentir muy descarado.

Pero no tiene el Sol puertas, ni las hay en Madrid en ese sitio por mas que las haya habido en otro tiempo. Denótase con ese nombre una desigualdad de calle que se llama Plaza ó Plazuela. Tiene la misma figura que la dieron al formarla... gran verdad pero que es mentira porque no tiene ninguna; viene á perfilar un cucurucho despuntado.

Descubocan en la Puerta del Sol, ó desde ella rompen varias de las principales calles que es otra mentira, porque no mas lo son, otras son carreras, otras embudos, otras nada, y digo nada, puesto que no tienen nombre, merced á los muchos que las dan y las quitan. Pero dejando aparte estos enojosos detalles, es innegable que la Puerta del Sol tiene un carácter especial, sus moradores particulares, tipos en fin que son en ese sitio, lo que la bota en el pie, lo que el guante en la mano, y que separados de ella son nadie, y ella sin ellos se convierte en calle como otra cualquiera.

Así, no es por la mañana cuando se la ha de describir, por mas que sea su aspecto sobradamente pintoresco. Ya cuando las tiendas comienzan á vestirse, los aparadores á engalanarse, y corren los portadores de anuncios á engrudar los esquinzos, ó cuando el farolero aseca los reverberos, y los criados marchan á la compra, ó el elegante en traje descuidado, contrasta con el acelerado literato que vuela hacia la imprenta. En esta ocasion, todavía es muy genérica.

Pero dan las doce en el otoño cuando el grito del campanillo del Buen Suceso destaca sobre el murmullo general, y ya la muchedumbre ondula como flotante marca.... esa es la Puerta del Sol, esa la confusión que se figuraba el provinciano, ese el lugar de la algarabía, de la farsa y de la novedad.

Suponiendo al observador colocado en la confluencia de las calles del Carmen y de la Montera, y mirando á la calle de Carretas, es probable que volverá la espalda á la antigua red de San Luis. A mano izquierda tendrá un enorme bollero, que si bien no es edificio notable, armoniza perfectamente entre la algarabía, metido en un portal, y revuelto en bollos. En su derredor verá el grupo mas heterogéneo de gayanes, de fosforeros, de vendedores de todas clases, y que venden mas de lo que es suyo. Advertirá la erudición madrileña en los anuncios infinitos que se ostentan: podrá tambien ser atropellado lo mismo por un coche que por una calesa, por la caterva de animalitos que conducen yeso en costales, como por el carro democrático.

Si es flarmónico, tendrá á la mano una guitarra que se vende; si cazador, una escopeta que se enagena, y *perros* de todas clases: si no es persona decente (como dicen) allí se traspasan relojes aun sin contar con la voluntad de su dueño; si quiere dijese para su *prenda* tambien hallará quien le proporcione unas sortijas, unos collares, ó alguna otra cosa que un criado se encargó de convertir en dinero, sin previa auencia de su amo y señor. Multitud de Bazares, le brindan toda suerte de caprichos, á trueque de su dinero.

Después llamará su atención, sino es un hombre que le atropella, ó un perro acongojado que pugna por escapar, la gran casa de Correos que se prolonga por la espaciosa calle de Carretas, volumen inmenso de alegres y terribles acontecimientos; memorial de fastos históricos. Seguirá su mirada toda la larga extensión de tan hermosa ruta, hasta dar con la plazuela del Angel entre variados y lujosos almacenes.

A su mano derecha y á la entrada de la calle Mayor ve abalanzarse la muchedumbre.... será el ciego de la guitarra y del violín, que toca *el puntito de la Habana*; el charlatan que dice de memoria los poemas de boardilla; ó algun grupo académico de manolitas en aptitudes de lucha muy imitadas al natural... ó los desentonados acentos del que se sintió *aliviado del peso*. Lo restante de la gente es la que por casualidad se halla desocupada todos los dias, la que tiene por ocupacion el hablar continuamente desde la mañana á la noche.

Los limpia-botas profesores de música en cifra, los retratistas á veinte reales, las noticias exageradas, la elegante visita, todo se confunde en aquella fantasmagoría universal. Los rótulos colosales de las tiendas *«gran depósito de géneros»* junto á la mas humilde del artista de portal *«se hacen fosforos para*

subir las escaleras á oscuras!» con las voces multiplicadas de.... *La extraordinaria! la extraordinaria!.... Za.... zapatillero!... El papel que han dado de gratis.... Ceestas.... Camas.... tillos!* y el aviso del tremendo cochero simon.... *Ehhh!* encaramado en el gótico pescante, mientras dirige su descomunal máquina que

tan cerca está de cajón como distante de coche....

entretejen un eterno laberinto.

En esto olean las majas; se altera el murmullo... suenan las cajas de la guardia del Principal, y el ruido de los caballos... Su Magestad!... Ya se hace allá un remolino; ya se separa, ya se acerca la música.... es el batallón que pasa. Ya se oye el



clarín y las voces del mayoral.... es la diligencia que remata en tres cabezas.... los habitantes del cuppé.

Y las noticias? Las conversaciones de la Puerta del Sol son admirables. Había un corro de elegantes que en sus movimientos y aptitudes, denotaban hablar de asuntos de gran interés, al tiempo que cruzaban otros varios hablando... ya se sabe... de política. Sin duda una expresión suelta de los que pasaban pudo enlazarse con la conversacion de los que estaban parados.... Cielos! Manolo ha muerto?

asuntos políticos en las provincias habian llevado al novio militar al campo de batalla; muy bien podía ser víctima en medio de una acción campal.

—Pero quien le ha dicho á Vd. esa catástrofe? —Yo no sé.... en la Puerta del Sol.... en compañía de mis amigos.—Pero no es dato suficiente....—Ah! yo respondo de la certeza.—Pero por Cristo bendito... si no es correo....—Oh! las noticias vuelan.... corren al momento que....

Una larga serie de disgustos sucedió á esa mañana fatal. Ya los facultativos desconfiaban de la salud de Margarita, jóven amable y bella, y de familia distinguida. La mamá sufrió repetidos accidentes; Manolo pasó por muerto sin otros datos que la tal noticia, hasta que una carta de su puño y firma vino á desmentir la ocurrencia. Y ¿quién lo dirá? todavía el hombre sostenía que era mas que probable la noticia; todavía procuraba afirmarla contra el tal testimonio del supuesto difunto por aquello de...

Calle el muerto:—

Querrá saber mas que yo!

Y todo el caso estaba reducido á una equivocación. Aquello de *Ha muerto!* fué que hablaban dos agentes de bolsa, de sus negocios particulares. Su crédito decaía considerablemente; el papel bajaba muy mucho de lo que sus cálculos habian imaginado.... Si Don Juan, si dijeron, el crédito ha espirado.—*Ha muerto!* contestó su compañero á tiempo que se hablaba de Manolo en el carrillo inmediato.

JOSÉ M. DE RIBES.



Un momento después ya estaba esta agradable nueva en casa de la marquesa de.... cuya hija sin duda tenía relaciones particulares con el difunto, ignorándolo el portador de la noticia. Entonces la reunión se altera; el hombre se espanta.... ¿cómo había de suponer un resultado semejante? Ya se vé, tuvo la fortuna de contar un suceso de la Puerta del Sol; tuvo la felicidad de hallar conversacion nueva, y que dijo, por no ocurrírsele otra mejor.

Margarita se accidenta con el fatal incidente acaecido á su futuro esposo.... la mamá no puede soportar un ataque nervioso, y ya unos ya otros, se apresuran á buscar *elixires, esencias y frascos*. Los



La ciudad de Sevilla

por su heroica defensa durante el sitio sufrido en el mes de julio de 1843.

Esta composición es una de las cuatro que entre las treinta y siete presentadas al certámen propuesto por el Sr. Salamanca, merecieron una calificación distinguida por ser en concepto de los Jueces las que mas se acercaban á la que obtuvo el premio. Se publica ahora sin supresion ni aumento, ni modificación alguna, y en un todo tal cual fue remitida á la secretaria del Liceo. **NOTA DE LA REDACCION.**

Στιχόν σου βούλησαν δίδεσθαι.

La mas alta corona recibiste.

PINDARO.

ODA.

Dáme insigne ciudad la hermosa llama
de ese aliento inmortal que arde en tu seno,
tú, que indomable y sola,
á la ambición mas vil pusiste freno.
Hoy que vemos orlar tu escelsa frente
magnífica aureola,
y tu blason antiguo y refulgente
se ensancha y se a risola:
hoy que miro rasgadas tus entrañas,
reina de Andalucía,
para cantar tu gloria y tus hazañas,
qué otro número mayor invocaria?
Dame tu inspiración; di cómo pudo
contrarestar tu pecho
de esa agresión fatal el golpe rudo?
quien te dió ese poder? Quien á tu brazo
prestó el vigor heroico y poderoso
que rompe al fin de la opresión el lazo?
Quién te inspiró la unión, el noble aliento
que hizo de un pueblo vario y numeroso
un hombre, un alma, un brazo, un sentimiento?...

Quién?... el valor, la fé; que no se abaten
por estorbos sin cuento
los que á la voz de la virtud combaten.
La unión es el poder. Qué son con ella
mil afanes prolijos
recinto inmenso y deleznable muro?...
los pechos de tus hijos
baluarte son mas firme y mas seguro.

hombres sin alma que humillarte intentan]
y las leyes y el trono despedazan, (1)
ante tus nobles muros se presentan.
Bárbaros te amenazan
con muerte y destrucción.... Basta, inhumanos:
porque vuestro furor así enarbola
ese horrible perdon? No sois hermanos?
De qué agravio os vengais?... Sangre española
derramáreis sin tasa;
mas no olvideis, malvados, que esa sangre
mancha la frente, el corazón abrasa....

Ya á la antigua ciudad amaga y cerca
del sitiador la hueste numerosa,
y al punto viendo su constancia terca,
por todas partes con furor la acosa.

La rendición le intima;
pero ella en santa cólera inflamada,
mas se enciende y sublima.
A mis hijos, contesta denodada,
no amedrenta tu acero,
y antes que vendan á la patria amada
proantos están á perecer primero.
Dios que escogerlos quiso
para humillar y reprimir tu encono,
sabrá darles valor, y si es preciso,
Muera Sevilla, y que se saive el trono!

Ciegos ¡ay! de despecho los malvados,
Destrozan despiadados
con bombas mil sus templos, sus hogares,
y en tanto de Sevilla los soldados
con firme voluntad y heroico brio
soportan de la guerra los azares...
ni les arredra el sol de ardiente estío,
ni el mirar cual infuastos meteoros,
en la noche callada,
los globos estallantes
pasar sobre su frente fatigada.

Y no solo los fuertes adalides
de ardientes almas y robustas manos,
se lanzan á las lides:
flacas mujeres, débiles ancianos
miran con furia y sin pavor sus techos.

del hierro á impulso ó de la llama al brio,
incendiados, deshechos,
por la crueldad del sitiador impio,
porque esa llama pavorosa ¡oh pasmo!
otro fuego mayor prende en sus pechos,
el fuego abrasador del entusiasmo.

Las esposas de Dios viendo en el suelo
su techo y sus altares,
pidiendo el triunfo con fervor al cielo
dejan su santo asilo,
y sufren su quebranto y sus pesares
con fe cristiana y corazón tranquilo. (2)

De las armas en tanto el noble jefe,
diestro, prudente, activo y denodado,
de la gloria y del triunfo la árdua senda
con su ejemplo y su voz muestra al soldado.

«desprecio tu cuchilla,
dice al tirano: «á la opresión no ceden
los fuertes adalides de Sevilla:
de su defensa aun pueden
el gran peso de honor llevar mis hombros,
y antes que humille á tu ambición mi pecho
me verás sepultado en sus escombros.» (3)

Qué noble ardor! Cuando el peligro crece
nuevo tesón le inspira,
y al ver cruzar las bombas se estremece
no de temor... de ira.

F) pueblo padre y salvador le aclama,
y el por realzar su generoso aliento,
de la fé con la antorcha luminosa
á todos los dirige y los inflama;
y en instantes de pena y sufrimiento
les habla de su Dios. Así el piloto
si la brújula pierde en mar ignoto
y récia tempestad su nave alcanza,
en medio de su amargo desconuelo
vuelve la vista al cielo,
y encuentra allí su rumbo y su esperanza. (4)

Noble ciudad que defendiste el trono
de una ambición traidora,
víctima fuiste de su horrible encono,
mas también vengadora;
que la tremenda hora
llegó de la espaciación; la hueste impia
despavorida huyó, y en tu Giralda
del triunfo el pabellón resplandecía.

De esplendor y reposo.
cerca está ya el día,
pensais que á Dios le plugo
que siempre el pueblo hispano generoso
haya de ser ó víctima ó verdugo?

Todo poder robusto y duradero
en el amor se asienta,
no esperen los que sigan mal sendero
que la España por siempre los consienta:
de un pueblo tan guerrero
que tanto calla y tan sufrido siente,
estalla al fin la furia embravecida,
y cuanto mas arriba alcan la frente,
ha de ser mas violenta la caída;

que de la gloria y del deber no acalla
la voz en esforzados corazones
ni la horribona bomba cuando estalla,
ni el trueno aterrador de los cañones.

Y aunque esta edad de crimen y agonía
tronos y pueblos, leyes y costumbres

(2) Habiendo sido maltratados por las bombas algunos conventos de religiosas, viéronse estas obligadas á guarecerse en los campos inmediatos á la ciudad, declarando «que todo lo daban por bien empleado con tal que los enemigos no entrasen.»

(3) Palabras del general Figueras.

(4) Notable es y digno del mayor elogio el diestro empleo que el general Figueras, ayudado del señor don Manuel Cepero y otras personas han sabido hacer del sentimiento religioso para inspirar aliento á la heroica población de Sevilla.

ó mancha ó borra en su tenaz porfia,
tu brazo Dios armó para que alumbres,
Sevilla con la luz de tu renombre
la infeliz patria mia.

De trono y patria y libertad y gloria
si tus hijos al nombre se inflamaron,
su lustre y su memoria
con letras de oro en su radioso templo
escribirá la historia;

y de esos que tu seno destrozaron
cual tigres no cual hombres,
para baldon y ejemplo,
también la historia guardará los nombres,
mas no; que en el confuso torbellino
en que la humanidad se arrastra impura,
una cosa no mas vence al destino,
solo la gloria dura.

Por eso del rencor que nos afrenta,
del enconado afán que nos devora,
destrozará la página sangrienta
la guadaña del tiempo vencedora;
mientras que salvo en su voraz corriente
pasará ileso y claro y sin mancilla
tal vez un nombre á la futura gente,
el nombre de Sevilla.

Presa del triste afán que la devora
y por opuestos bandos combatida,
burlada siempre su esperanza llora
la España en sus cimientos removida...

Pueblos, porque los ojos
siempre ansiosos tornais
del porvenir al horizonte vago?
Qué! sabeis por ventura á donde vais?
La sangre y el estrago

pueden comprar el próspero reposo,
ese supremo bien á que aspirais?...
Ah! Despertad: no veis que cual las ondas
sois del mar proceloso,
que tercas luchan con furor tremendo
del oriente al ocaso,
y contra frágil valla combatiendo,
no adelantan un paso?

Volved la vista atrás; esas naciones
de entusiasmo y de fé que ya pasaron,
¿por qué, decidme con desden se miran
si altos ejemplos que admirar dejaron?

Por qué si sus acciones
orgullo y gloria y magestad respiran?
Somos hoy por mas sabios mas felices?...
No: mayor fue su dicha, que la duda
allí no pudo echar hondas raíces,
ni herir la calma con su punta aguda.
La paz y la virtud: esa es la palma
que á los pueblos conduce á la ventura:
sin concordia y sin calma

toda senda es odiosa y mal segura.
De la discordia la incendiaria tea
apagad de una vez: la fuerza, el hierro
no en el lugar de la razón se vea
La patria en balde por su bien se afana,
si el que hoy es oprimido
puede tornarse en opresor mañana....
Noble perdon y tolerante olvido
hoy cuadra, ilustre España, á tu decoro,
hoy que el trono de un ángel tan querido
se encumbra al fin para enjugar tu lloro.

Y tu, que un tiempo al mundo espanto fuiste
león de las Españas

no temas, no, que en el olvido triste
se sepulcan tu nombre y tus hazañas;
que si ha logrado tu fatal destino
calmar el brillo y refrenar el vuelo
de tu valor divino.

Aun pudo al mundo demostrar Sevilla
que no ha muerto del todo en nuestro suelo
la raza de los héroes de Castilla.

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

(1) Inútil nos parece advertir que esta y cuantas alusiones ofensivas á los sitiadores se encuentran en la presente composición, están exclusivamente dirigidas á los principales caudillos, no á un ejército encadenado á pesar suyo por las leyes de la disciplina y por el rigor militar mas arbitrario.

Revista de la Quincena.

El mes que acaba de pasar no ha dejado de ofrecer sucesos dignos de recordarse, así en el campo de los hechos históricos, como en el de los literarios y artísticos. En él se ha puesto la primera piedra del futuro templo de las leyes; en él ha recibido el talento premios lisonjeros y nobles estímulos; en él se ha anunciado la publicación de una obra, recomendable por el celo y laboriosidad que supone, no menos que por su alta trascendencia social, económica y política; y en él, por último, se ha presentado á los ojos del público una célebre bailarina, cuya reputación extendida y colosal, según con gusto hemos visto, no se fundaba en las ilusiones y caprichos de la moda.

El 10 fue el día señalado para que S. M. echase los cimientos del palacio del nuevo Congreso que ha de levantarse en el solar del antiguo. La ceremonia fue digna de su objeto, digna del culto pueblo de la capital, y digna sobre todo de la hija de cien reyes, cuya aurora ha lucido en el horizonte de España, junto con la aurora de la libertad y de las ideas más generosas y progresivas de la época. S. M., que celebraba su cumpleaños con un suceso de suyo poco común en la serie de los tiempos, dejó admirada á la inmensa concurrencia de la facilidad, decoro y nobleza de su porte y modales, en un todo conformes á la elevación del puesto que la Providencia le ha destinado, y á las felices disposiciones que en su carácter se notan. En los cimientos se enterró una gran caja de plomo con diversas monedas de la época, un ejemplar del código político, y un número de cada periódico de los actuales. El acto se verificó con arreglo al programa anunciado, y después de concluido, S. M. y A. asistieron en el Prado al desfile de las tropas de la guarnición en medio del numerosísimo concurso que las rodeaba y victoreaba.

La importantísima obra que arriba queda mencionada es el Diccionario Geográfico Estadístico-Histórico de España del Sr. Madoz, que tantos desembolsos, trabajos y asiduidad le ha costado, y que según nos lisonjamos en creer, producirá el fruto que su autor apetece. El prospecto que se ha repartido da á entender la sencillez y buen criterio con que está dispuesto el plan, y las condiciones de la suscripción son llevaderas, ó por mejor ventajosas, si se atiende á los dispéndios hechos en tantos años empleados en recoger toda clase de datos á la clase de papel, y á la gran cantidad de materia que contiene la impresión compacta y menuda, aunque distinta y clara. Por nuestra parte lo recomendamos eficazmente.

Los teatros no han estado ociosos durante este tiempo. El del Príncipe ha puesto en escena la comedia de D. Tomás Rodríguez Rubí *La Rueda de la Fortuna*. Por excusado pudiéramos tener hablar de una composición que probablemente pocos dejarán de haber visto y juzgado por sí en las diez y ocho representaciones seguidas que se han dado, siempre con extraordinaria concurrencia; sin embargo en joyas de tal clase siempre se detiene la vista complacida, y por otra parte no sería justo que un periódico de esta naturaleza dejase de consagrar un recuerdo á una obra dramática en que la verdad de los caracteres, la gracia, facilidad y cortesano chiste del diálogo, la naturalidad de las situaciones, el hábil manejo de los recursos escénicos, y por último la nobleza de los sentimientos, no se desmienten hasta el fin. El único lunar que en ella se advierte es la inverosímil franqueza y locuacidad de los embajadores; pero este es un escollo que el señor Rubí sabrá evitar diestramente dentro de poco, según fundadamente debe esperarse de sus extraordinarios adelantos. En 1840 se estrenó su primera comedia *Toros y Cañas*, y en solos tres años se ha elevado el arte en las manos de este autor, que cuenta muy pocos, á la perfección que revela *La Rueda de la Fortuna*: síntoma dichoso que nos hace aguardar con confianza la creación, complemento y desarrollo de la comedia española, acomodada á lo que reclaman ya las mudanzas que el embate continuo de los tiempos y de las ideas van introduciendo en nuestra sociedad.

Lisonjero galardón ha sido el del aplauso público y verdaderamente popular para los trabajos de este joven, modesto y estimable poeta; pero la asistencia de S. M., las benévolas palabras con que fué acogido en su real presencia al tener la honra de besarle la mano, y el deseo que la augusta niña manifestó al señor ministro de la Gobernación de que los estudios literarios del autor fuesen recompensados con la cruz supernumeraria de Carlos III, según lo del decreto de la

Gaceta, concediéndole esta honorífica distinción, no es el menos verde de sus laureles. Dichosa y fuerte sanción la de los actos del poder cuando tienen por fianza las estrepitosas manifestaciones de un pueblo que no se cansaba de llamar á la escena al Sr. Rubí para darle testimonios de su agrado y benevolencia.

La ejecución de esta comedia fué esmeradísima, y pocas representaciones pueden verse de un conjunto más regular y armonioso. A todos los actores debe el poeta obligación por la inteligencia y fidelidad con que dieron vida y movimiento á sus creaciones, pero muy particularmente á la señora doña Matilde Díez, cuyo tono de faura, discreción y urbanidad dejó muy poco que desear. Los trajes y decoraciones guardaron proporción con todo lo demás.

Después de tan agrañable función el público ha visto con desagrado, en nuestro entender justo, la comedia de magia titulada *Las Batuecas*, obra de un autor que había levantado este género á una altura desconocida, pero que de esta vez no ha acertado á sostenerse en ella. Las pocas gracias que contiene el diálogo son descoloridas en demasía, y de ningún modo compensan lo desordenado de la fábula, la inverosimilitud de los caracteres y situaciones, y la flojedad y desaliño con que marcha á un desenlace, preparado con escaso acierto y frío de suyo. Poca nombradía reportará al autor esta comedia: afortunadamente su reputación descansa en bases indestructibles, y en manera alguna puede sufrir menoscabo por un momento de escasa inspiración. En cambio las decoraciones y adornos escénicos son de un gusto y esplendor verdaderamente notables, y hacen gran honor al talento artístico del Sr. Lucini, que sin duda es el que más descuellan en esta función. El aparato es en verdad su más eficaz recomendación, y naturalmente despertará la curiosidad pública.

El teatro de la Cruz ha hecho en su local una mudanza que debe alabarse por la comodidad y baratura que ofrece, único modo de poner al alcance de la clase más numerosa los gozos cultos y delicados del teatro, que sino mejora las costumbres, sobre todo en esta época, sin duda las suaviza y dulcifica. En vez del antiguo anfiteatro y cazuela, se ha hecho una gradería corrida que proporciona mejor vista y mayor número de asientos que el antiguo repartimiento.

El primer drama nuevo que en él se ha ejecutado después de este arreglo es el *Molino de Guadalupe*, del Sr. Zorrilla, que ha merecido grandes aplausos, hasta llamar al autor á las tablas. Con gusto vemos que el público va cobrando afición á este autor, que si no siempre le ofrece obras de estudio severo y detenido, rara vez deja de ocuparle agradablemente con los vuelos y gallardías de su imaginación, y con sus fáciles cuanto armoniosos y sonoros versos. Estas cualidades son las de más bulto en el *Molino de Guadalupe*; pero tanto los caracteres como la conducción de la fábula, no pasan de la altura de los melodramas comunes. El acto que más interés y atención excita, es el tercero, en que el espectador está verdaderamente pendiente de un cabello, pero la degradación de tintas está mal manejada en el cuadro general, y esto es causa de su chocante desentonación. No es fácil que el público poco preparado de antemano se acostumbre á aquella condesa convertida en molinero, y mucho menos pase por alto la inverosimilitud de que un hombre tan adusto, suspicaz y desconfiado como el capitán Marchena, tenga á la vista su prisionera y no la conozca, ni siquiera le dé en qué pensar la rara aparición de un extraño en su castillo, cuando un manco y estropeado idiota le causa tantos celos y sospechas. El acto cuarto únicamente destinado á que el horóscopo del supersticioso Marchena no quede por mentiroso, es flojo y lánguido, y el modo de dejar airoso al sábio que lo hizo, un tanto violento. En suma, el autor de *Sancho García* y de *El Zapatero y el Rey* ha quedado en esta ocasión inferior á los recursos de su conocido y distinguido talento. La recompensa concedida al Sr. Rubí se ha hecho extensiva también á este joven poeta, al Sr. Hartzembusch y al Sr. Breton de los Herreros, con infinito gusto de cuantos aman las bellas letras en esta tierra de Calderón y de Lope. Ya que las desdichas que han aquejado á nuestra patria y todavía la oprimen, nieguen á los ingenios de sus hijos otra clase de estímulos y premios, justo es que el trono y el gobierno, sobre quien tanto esplendor derraman, tomen á su cargo el agradecimiento público, una vez que ningún conducto más legítimo pudiera buscarse.

La representación del *Molino de Guadalupe* dejó

mucho que desear. Bueno es que la empresa de la Cruz haga mejoras, como las que llevamos dichas, en su local; pero no olvide que con la actual compañía no podrá aspirar á ofrecer al público piezas de la altura y popularidad de *doña Mencía*, de *Sancho García*, y otras en que el talento del Sr. Latorre y doña Bárbara Lamadrid, campeaba con gran crecimiento de su crédito y buena elección.

El teatro del Circo nos ha hecho dos magníficos regalos: la ópera de *El Nuevo Moisés*, y el baile de *Gisela ó las Willis*, en que ha hecho su primera salida la célebre bailarina *Guy Stephan*. De la ópera poco diremos, pues el nombre de Rossini la abona más que nuestros elogios, pero no queremos callar que los esfuerzos de la empresa se han visto coronados con un éxito cada vez mayor, á medida que los cantantes se han ido posesionando de sus respectivas partes. El color bíblico del asunto está fielmente reflejado en todo el *partito*, y el efecto de los coros y de todos los trozos concertantes es verdaderamente asombroso. Así es que la mayor parte de las noches ha sido forzoso ceder á las exigencias y aclamaciones del público, repitiendo el magnífico final del tercer acto. El Sr. Requer que nuevamente contratado en este teatro hizo su salida en el papel de Moisés, pareció que en la primera noche estaba algo receloso y tímido; pero la buena acogida del público, merecida á nuestro modo de ver, le ha dado ánimo para lucir la extensión y hermosura de su voz. Los demás, y en particular la señora Basso Borio, estuvieron afinados y felices en sus partes respectivas.

La aparición de la señora *Guy Stephan* ha sido un triunfo ruidoso y justísimo. No somos nosotros grandes partidarios de esta clase de espectáculos en que solo los ojos se recrean con grave detrimento de los placeres más notables y elevados del corazón y del entendimiento; pero sea cualquiera nuestro desvío, fuerza nos es confesar que la nueva bailarina ha dado en tierra con él. Verdad es que este linaje de baile apenas tiene nada de común con los que hasta aquí hemos presenciado, examinados casi todos á impresionar y fascinar los sentidos y á no dejar en el ánimo impresiones delicadas y duraderas. El argumento de *Gisela ó las Willis* está lleno de aquella vaga y melancólica pureza de que se revisten la mayor parte de las tradiciones alemanas; cualidad que perfectamente lo acomoda á la escuela noble, caudorosa y delicada de la señora *Guy Stephan*. Dificilmente se aciertan á componer en la imaginación tan exquisito decoro y compostura con la audacia de los movimientos y la rapidez y dificultad de los pasos. Necesario es verlo para comprender hasta qué punto tan difícil descuella un sentimiento puramente moral de idealidad y de belleza en un espectáculo que hasta ahora no había acertado á pintarlo á nuestros ojos. Para los que no han visto en el extranjero á las Essles, Grisis y Taglionis, las *Willis* y su protagonista han abierto un nuevo manantial de sensaciones agradables y dulces por extremo, y no seremos nosotros seguramente quien regatee á la señora *Guy Stephan* como á otras hemos regateado, ó por mejor decir negado, el nombre de *artistas*. Donde quiera que veamos una cosa que se aproxime á aquel tipo eterno de perfección y de hermosura, que más ó menos distinto encuentra en el fondo de su alma cualquier persona bien organizada, allí está para nosotros el arte. Negar á la expresiva y agraciada pantomima y al rigoroso cuanto modesto baile de esta joven la facultad de despertar semejantes emociones, sería una injusticia notoria en nuestro modo de ver. En esto consiste cabalmente su superioridad sobre cuantas bailarinas se han presentado en los teatros de Madrid, y por ello damos al del Circo y á la empresa de baile el parabien de tan bella y preciosa adquisición, si alguna duda pudo dejarle en este punto la unánime y espontánea manifestación de la numerosa y lucida concurrencia.

El interés poco común en sus respectivas esferas de los sucesos que acabamos de referir nos han obligado á extendernos un poco más de lo que hubiéramos querido, y á privar á esta crónica de algunas noticias dignas de ocupar algún lugar en ella. En adelante procuraremos remediar este daño, dando cuenta no solo de acontecimientos científicos, artísticos y literarios que entre nosotros ocurran, sino también de los que en países extranjeros llamen la atención del mundo sabio, que por desgracia suelen pasar ignorados de nosotros. De esta manera haremos por contribuir en proporción de nuestras fuerzas á la obra de la ilustración en nuestro país.

ENRIQUE GIL.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

Compendio de historia universal antigua y moderna de todos los países de la tierra.

Este es el título de la obra que vá á publicarse, escrito por plumas bien conocidas ya en toda la península. Fúndase la empresa que ha tomado á su cargo esta publicación en que la ilustración destruye los gobiernos absolutos y la ignorancia compromete los gobiernos representativos: es su objeto generalizar el conocimiento de la historia entre las masas y especialmente entre la juventud destinada á dominar el porvenir de la península: para conseguirlo se propone que el compendio de la historia de todas las naciones desde la creación hasta nuestros días sea claro y sucinto. Esta obra se publicará por entregas de á 32 páginas; saldrá una cada diez días: todo el compendio constará probablemente de ocho tomos, que irán ilustrados con mas de 400 grabados. Se calcula pues que el texto compondrá 7200 páginas, y que los suscritores podrán adquirir toda la obra por 160 rs. La dirección de esta empresa está en la calle de Alcalá, núm. 60, cuarto segundo. Los puntos de suscripción en Madrid y en las provincias son los mismos del Panorama Español.

Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar.

El laborioso é instruido jóven don Pascual Madoz despues de mil afanes y vigiliasse halla ya en disposición de publicar un diccionario á que ha consagrado los mejores años de su vida, alternando en su composición con los trabajos del foro y de la tribuna. El plan de la obra es el siguiente.

Al hablar de un pueblo dado explicará la etimología de su nombre, ocupándose del orden administrativo, político, económico, judicial, eclesiástico y del departamento de marina á que corresponda. Trazará la descripción interior del pueblo, manifestando las mas veces el número de casas, su orden arquitectónico, describiendo las calles, plazas, fuentes públicas, pósitos, montes de piedad, establecimientos de instrucción y de beneficencia, cárceles, parroquias, conventos y ermitas. Referirá lo que de mas notable se observe en su parte exterior como paseos, puntos de vista deliciosos, alquerías y casas de recreo, manifestando si es posible á quién pertenecieron y en qué época se fundaron los castillos que se encuentren en su comarca. Se ocupará de la topografía atmosférica, dando noticia de la situación del pueblo que describa, de la latitud y longitud de los puntos mas importantes, de su altura sobre el nivel del mar, de las montañas que le rodean, de la clase de árboles que contiene y el género de maderas que produce, de los arbustos que cria y de las plantas aromáticas que al abrigo de aquellos crecen, darán una idea de los vientos que mas dominan, de la abundancia ó escasez de aguas y del clima. Describirá con detención la topografía terráquea, y en su consecuencia los caminos de calzada, carreteras generales y las que solo sirven de

pueblo á pueblo, los desfiladeros, veredas y gargantas que existen en los terrenos ásperos y desiguales; completando este cuadro con la topografía hidráulica, buscando el origen del río que fertiliza el pueblo, lo seguirá en su curso, dando cuenta del incremento próximo que vaya adquiriendo con las aguas que en él depositen los arroyos y riachuelos: marcará exactamente los sitios en que haya un puente, explicando el material de que se compone, su elevación, su extensión y los arcos de que consta, sin olvidar las barcas de paso y los vados que en el río se hallen. Describirá los canales de navegación y los de riego. Dará razon de las bahías, radas, habras, ensenadas, puertos, faros, canales, corrientes, bancos, bajios y altas y bajas mareas.

Siendo la estadística el alma de un buen gobierno, la guía del legislador, del pontífice, del monarca, del general de un ejército, del magistrado, ocupará un lugar preferente en el diccionario: no se limitará este á decir el número de vecinos y de almas que comprende un pueblo: le acompañará un estado en que aquellas aparezcan divididas segun su sexo, edad y condicion: manifestará el número de propietarios, de colonos y jornaleros: los dedicados á las artes, al comercio y á la industria: los que ejercen alguna profesion ú oficio mecánico. Al tratar de la estadística territorial, se demostrará la riqueza hasta el punto que es averiguable, el tanto por uno que produce la tierra, los frutos de que se dá mayor cosecha, los ganados y caza que mas abundan: se dará tambien idea de los artículos de mas consumo, del sobrante que de los mismos pasa á otros mercados, y el día en que estos y las ferias se verifican en cada pueblo, y de los efectos que constituyen su principal tráfico. Se hablará de los propios y arbitrios de los pueblos y en qué consisten y las cantidades que pagan por contribucion.

Tambien tendrá cabida en el diccionario la estadística industrial, abrazando las diferentes manufacturas que se conocen en España, con expresion de su género y especie: la cantidad y clase de productos que salen al año de las fábricas y el total de toda clase de capitales empleados en ellas. No se olvidará nada de cuanto hace relacion á la instrucción pública y á la estadística de beneficencia y á la de los pleitos civiles y causas criminales que se ventilan en los tribunales de justicia. La lectura de este diccionario será amenizada con la extension que en él tendrán los artículos de historia, donde no se omitirá nada de todo lo notable que ofrece el país desde las épocas mas remotas, las diferentes vicisitudes porque há pasado, sus guerras, sus conquistas y sus revoluciones.

Tan inmenso es el interés de esta publicación que emprende el señor Madoz con su infatigable celo, es tan alta su importancia, que hemos creído conveniente extraer su prospecto para dar de ella una idea aproximada. Es obra que deberá figurar en primer término en la biblioteca de cuantos se dedican á las diferentes carreras literarias, al comercio y á la industria, á la milicia y á la agricultura. Cuando el señor Madoz dé cima á su obra, para lo cual ha vencido ya los principales obstáculos, bien puede decir con orgullo que ha levantado un insigne monumento á las glorias de su

patria á fuerza de constante aplicacion y de profundos estudios.

El Diccionario se publicará por entregas de 32 páginas: constará de doscientas entregas poco mas ó menos, y se repartirán de 6 á 8 cada mes: el precio de cada entrega es de 6 rs. vellon. Las suscripciones se admiten en Madrid en las librerías de la viuda de Razola y de Boix; en las provincias en todas las administraciones de correos y en los principales establecimientos de libros.

Los españoles pintados por sí mismos.

Van á repartirse dentro de breves días las entregas 49 y 50 de esta interesante obra, con las cuales queda completo el primer tomo. Contiene este 50 artículos originales, otras tantas láminas tiradas aparte, y cerca de 200 grabados y adornos. Al pie de los artículos aparecen entre otras firmas las muy acreditadas de los señores Gil y Zárate, Caballero, Rubí, Duque de Rivas, Mesonero Romanos, Hartzembusch, García Gutierrez y Breton. Estos distinguidos escritores contribuirán tambien al lucimiento del segundo tomo en union de los señores Martínez de la Rosa, Calderon, Doncel, Tasara, Valladares, Cueto, Ros y Olano y otros ya conocidos del público. En la librería de don Ignacio Boix, editor de la obra, se venderá el primer tomo encuadernado, y siguen admitiéndose suscripciones para el segundo. Creemos ocioso recomendar una publicación tan favorecida por sus numerosos y constantes suscritores.

Estudios sobre las constituciones de los pueblos libres.

Acaba de publicarse el medio último tomo de esta obra del célebre Sismondi, vertida al castellano con el mayor esmero por los señores Picon y Serrano, bachilleres en derecho; tal es su utilidad, que el gobierno se ha apresurado á recomendarla para la enseñanza aun antes de hallarse concluida. El plan de los *Estudios sobre las constituciones* es tan claro como metódico y sencillo. Dividido en tres partes tratan: la 1.^a De los derechos que el pueblo puede ó debe conservar; la 2.^a De los poderes independientes del pueblo; y la 3.^a De los progresos del pueblo hácia la libertad. Subdividense estas tres partes en ocho ensayos, escritos con la habilidad propia de la acreditada pluma de Sismondi. La impresion es muy superior á lo que debe esperarse de un establecimiento naciente y el papel de buena calidad. Se vende el tomo en el despacho de libros de la Amistad, calle de Jardines, núm. 16, y en el de Boix, calle de Carretas núm. 8.

Coleccion de poesías y artículos en prosa.

Con este título ha publicado el editor D. Manuel Delgado un tomo que contiene las inspiraciones poéticas del Sr. D. Juan Eugenio Hartzembusch, diversos cuadros de costumbres, y fábulas tan amenas como morales. Nos parece feliz pensamiento reunir en un solo volumen los escritos del célebre autor de los *Amantes de Teruel* y de *Doña Mencía*, diseminados en los periódicos. Se vende en la librería de Cuesta, calle Mayor, frente al antiguo convento de San Felipe, y en la de Rios calle de Carretas.

ANUNCIOS.

Los anuncios del LABERINTO, se insertan á real por línea; pero sin salir nunca del siguiente carácter de letra.

EL DIABLO COJUELO, por Lesaje, un tomo en 4.^o mayor ilustrado con 175 grabados intercalados en el texto, edicion de lujo. Madrid 1845, 40 rs. rústica. Véndese en la librería de Boix.

TRABAJOS Y MISERIAS DE LA VIDA HUMANA. Entretenimiento joco-serio, edicion ilustrada con grabados preciosos repartidos en el texto y láminas tiradas aparte. Un tomo en 4.^o mayor 60 rs. rústica; librería de Boix.

NUÉVO DICCIONARIO DE AGRICULTURA, teórico práctica y económica y medicina doméstica y veterinaria del abate Rozier, por el Excmo. Señor Don Juan Alvarez Guerra. Doce tomos en 4.^o mayor con mas de 140 láminas sobre cobre á 20 rs. cada tomo en Madrid y á 24 en las provincias hasta la publicación de toda la

obra. Se ha publicado el tomo 5.^o y está en prensa el 4.^o Véndese en la calle de Pontejos, antes Carretas, núm. 8.

PANLEXICO. Diccionario Universal de la Lengua Castellana, por D. Juan Peñalver. Diccionario de la Rima, de los Sinónimos. Vocabulario de varones ilustres, de la Fábula. Gramática en una tabla sinóptica, con el tratado de los tropos. Vocabulario de Medicina, de Historia Natural, de geografía, Lexicología. Vocabulario etimológico. La ciencia nueva ó ontología y logística.

Van publicadas de esta interesante obra 25 entregas y un apéndice que componen el tomo 1.^o; y 4 entregas del Diccionario de Sinónimos y una del de la Rima correspondientes al tomo 2.^o

El precio de cada entrega en Madrid cuesta 6 rs. hasta la 50, y los suscritores á dicha obra solo pagarán 4 rs. por cada una de las que pasen de dicho número, y 5 en las provincias.

DIRECTOR, D. Antonio Flores.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECANICAS DE D. IGNACIO BOIX, EDITOR PROPIETARIO.